

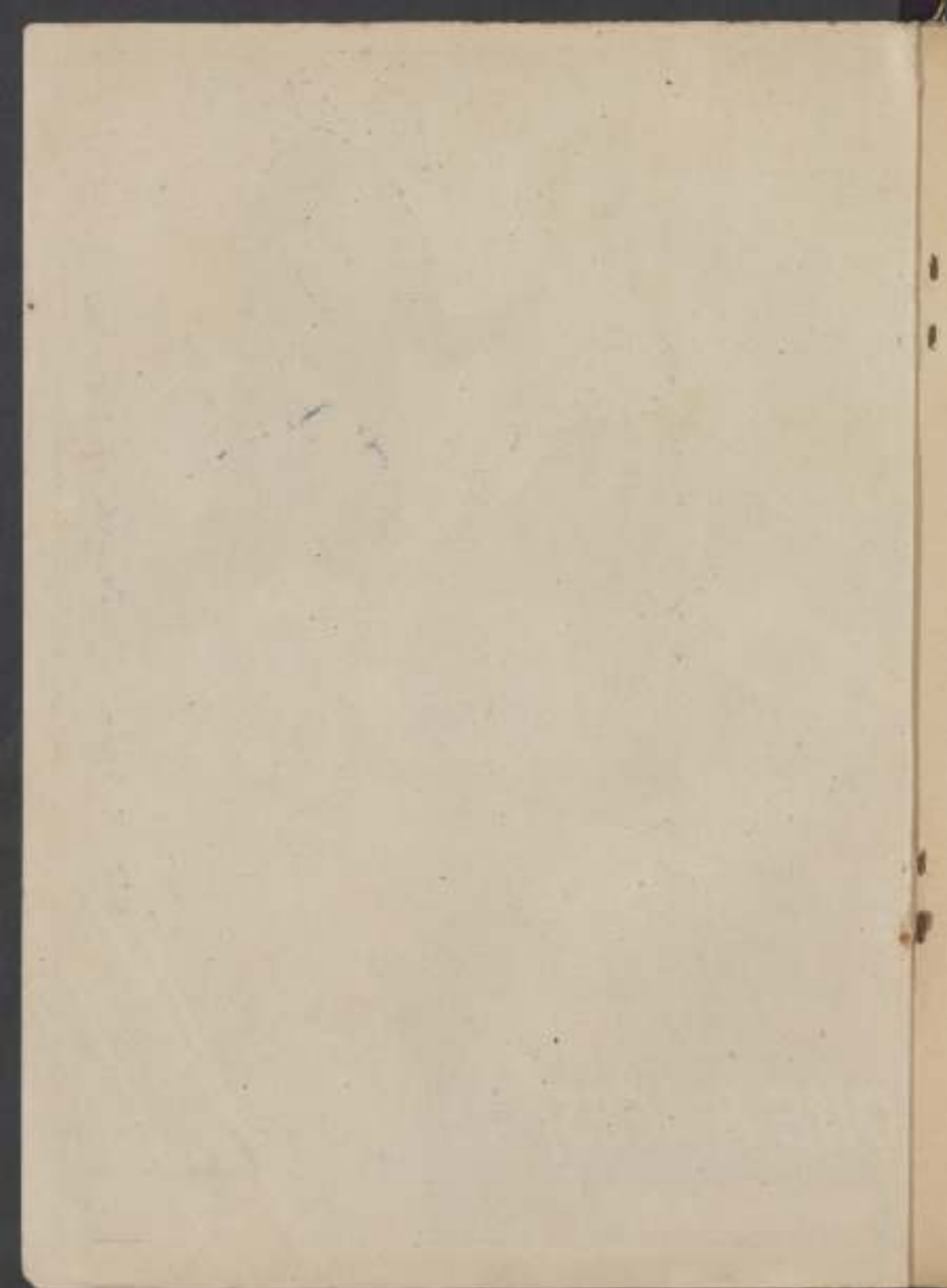
EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS
SERIE * ALFA



¡CUIDADO
con lo
QUE HACES!...

Editorial **Alfa**

*Jessie Matthews
Michael Redgrave*





Cuidado con
lo que haces

Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Barcelona, 154 - Apartado Surcos 707 - Tel. 78657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería

Barbado, 14; Barcelona -

EDITORIAL
ALFA

Publicación semanal

AÑO XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ★ ALFA

NUM. 34

NUM. 304

Cuidado con lo que haces

EL humorismo inglés, casi tanto como el americano, adolece de una exagerada ingenuidad, que tal vez a los latinos no nos sea dado a comprender. Pero precisamente esa ingenuidad es lo que hace muchas veces que, sin desprenderse la sonrisa de nuestros labios, sintamos interés por el asunto que se nos presenta. Y esto es precisamente lo que sucede en CUIDADO CON LO QUE HACES; todo es ingenuo, de color de rosa, pero que así y todo mantiene un interés extraordinario en todas sus escenas, resultando una comedia divertida e interesante.

PRODUCCION: Gaumont British - M. G. M.

Presentada en España por

EXCLUSIVAS **Excelsa, S. A.**
CINEMATOGRAFICAS

Aragón, 271, entr. BARCELONA Teléfono 82441

INTÉRPRETES PRINCIPALES

Diana	JESSIE MATTHEWS
Nicky	MICHAEL KEDGRAVE
Gibson.	Noel Madison
Max.	Ricstair Slim
Constance.	Margaret Vyner
Lady Emily	Mary Clere

Argumento novelado por
MANUEL NIETO GALAN

CUIDADO CON LO QUE HACES

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

A MANERA DE PROLOGO

E S costumbre en casi todas las novelas empezar por la narración del lugar donde se desarrolla la acción, o bien por los hechos que se suceden, dejando el análisis de los personajes que en ella intervienen para hacerlo a medida que van apareciendo en la vida de los protagonistas.

Pero como dice un refrán que en la variación está el gusto, yo quiero variar, y en vez de decir, en tal o cual sitio, o sucedió tal y tal cosa, voy a presentar a los lectores cada uno de los personajes que intervienen, o, mejor dicho, cada uno de los que tienen más directamente relación con los hechos que luego explicaré.

Y siguiendo esta norma que me

he trazado, les presentaré a ustedes a una muchacha deliciosa. Apenas tiene veinte años; de ojos negros y cabello sedoso, que sirven para adornar una carita, siempre risueña y atractiva, de esas que cautivan desde el primer momento en que se las mira. Ni alta, ni baja; de mediana estatura y de cuerpo ágil y esbelto, que atrae las miradas de los hombres por donde pasa. Se llama Diana Castle; es huérfana desde hace tres años y no tiene más familia que un hermano que trabaja en el Canadá. Varias veces ha intentado éste hacerla ir al Canadá para vivir con él; pero siempre ha rehusado Diana, protestando de dejar Londres. Para ella, Londres es la ciudad de ensueño; no comprende cómo puede haber alguien

que después de haber conocido la capital de Inglaterra se atreva a dejarla para vivir lejos de ella. Y no es que para Diana la vida le sea fácil en aquella capital; todo lo contrario; tiene que vivir con una amiga suya que se dedica a la escultura y con un viejo amigo que tiene ilusiones de poeta. Ninguno gana ni siquiera para vivir, pues Diana se ha dedicado a dar lecciones de baile a los pequeños del barrio, y éstos no le pagan nada. La estrechez en que viven es alarmante; pero, así y todo, Diana conserva la alegría de su juventud y su cariño a la ciudad, a la que no abandonaría por nada del mundo.

Su hermano es completamente diferente a ella. Al quedar huérfano se embarcó hacia América en busca de trabajo. Fué a dar con su cuerpo de atleta en el Canadá, y allí encontró el empleo de capataz en los bosques, al servicio de una compañía maderera. Completamente diferente a su hermana, en gusto y en carácter, Jim, que así se llama, es un hombretón; tiene la fuerza de un Hércules y una idea del honor familiar tan fuerte y dura como la de los pinos y robles que derriban todos los días sus operarios. Su único pensamiento es el saber lo que hará su hermana en Londres. Teme por ella, y teme porque conoce su

ingenuidad, su ignorancia de la vida, y sabe que está expuesta a que cualquier Don Juan pueda jugar con el cariño de la pequeña Diana. Si eso sucediese, Jim está dispuesto a deshacer a mamporros al que se atreviese a engañar a su hermana, y espera ansioso el día en que le den las vacaciones para trasladarse a Londres y averiguar la vida de Diana.

La íntima amiga de Diana y que vive con ella es Patsy, sueña con llegar a ser una gran escultora, pero que en la actualidad tiene que contentarse con eso, con los sueños. A falta de otro mejor, tiene como modelo a Max, compañero de ellas y futuro poeta, cuyo carácter bonachón y cariñoso se aviene a las mil maravillas con el carácter infantil de las dos muchachas. A pesar de haber cumplido ya los cuarenta años, sigue pensando en que es un incomprendido y que algún día llegará a la cumbre. En su vida no hay más que un cariño, que es la comida y un miedo, que es el trabajar. El que cree que un empleo o cualquier otro trabajo que no sea el de escribir es un mercantilismo del que debe él estar exceptuado.

Y por último, como uno de los personajes más principales, tenemos a Nicky Brookes. Es un muchacho de unos veinticinco años. Huérfano

de unos padres millonarios. Su única misión es la de disfrutar del capital que ha heredado y la de divertirse asistiendo a todas las reuniones aristocráticas que se celebran. Pero, además tiene otra obligación, quizá la más difícil de cumplir, y es la de librarse del asedio de las muchachas solteras, cuyas mamás no dejan de acosarlas para que «pesquen» el gran partido que Nicky representa. Claro está que para la mayoría de las jóvenes la orden de mamá no representa ningún sacrificio. Nicky es joven, elegante y, sobre

todo de una simpatía que encanta. A pesar de sus millones todo en él es sencillo, como su propia vida, la cual Nicky quiere vivir deliciosamente sin la complicación de ningún amor.

Y toda vez que hemos hecho la presentación de los primeros personajes de esta novela, de igual forma que si estuviéramos sentados en la butaca de un cine y leyéramos la lista de sus intérpretes, pasemos al tema de sus vidas, de por sí bastante interesantes.

UNA PROFESORA QUE NO COBRA

Lo que menos podía pensar Jim Castle era a la improductiva profesión a que se dedicaba su hermana. Desde hacía tres años no la veía, ni sabía nada de ella. Al principio le escribió una carta diciéndole que se hallaba trabajando en el Canadá, obtuvo contestación a ella y desde entonces no volvió a saber nada de la pequeña Diana.

Hacia tres años que se hallaba metido en los frondosos bosques del Canadá y al poco tiempo de llegar a ellos fué ascendido al cargo de capataz, tanto por su honradez como por su fe en el trabajo. Pocas brigadas trabajaban tanto como la que estaba a cargo de Jim. El daba el ejemplo no parando un solo minuto en las horas del trabajo y sus hom-

bres no tenían más remedio que seguir su ejemplo con gran satisfacción de sus superiores que veían en Jim un empleado modelo, para el cargo que desempeñaba.

Esperaba Jim de un momento a otro el permiso que tenía solicitado para hacer vacaciones y por fin éste llegó cuando menos lo esperaba.

Se hallaba Jim trabajando en unión de sus hombres, animándolos como siempre en la tala de los árboles cuando llegó al mismo sitio en que trabajaba el gerente de la compañía. Mientras llegaba Jim a su lado estuvo contemplando el trabajo que habían realizado aquel día, satisfecho de él, hasta que su gerente se acercó y le dijo en forma de felicitación:

—Jim, no sé cómo te las arreglas

para hacer trabajar a esos hombres más que ningún capataz... Te han conseguido tus vacaciones y celebraré mucho que las termines cuanto antes para que vuelvas otra vez aquí.

Al mismo tiempo le entregó unos cuantos billetes, que le correspondían como paga, y Jim, mientras los guardaba, respondió el gerente:

—Yo también tengo ganas de volver. Créame que no hay otro país como el Canadá, aunque esa chiquilla de mi hermana nos tenga por unos atrasados... ¡Imagínese que prefiere Londres a esto!

—Apuesto algo a que tendrá una gran alegría cuando te vea—volvió a decirle el gerente, al mismo tiempo que le daba una palmada cariñosa en el hombro.

—¡Ya lo creo!... Además tendrá una gran sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque no la he avisado de mi llegada. No sabe que quiero ir a verla y de que ya es hora de que alguien vigile lo que hace. Estando sola hará cuanto quiera y creo que es peligroso, para una muchacha, tan joven como ella, vivir sola en Londres.

El gerente sonrió comprendiendo el carácter de Jim y le aconsejó:

—Escúchame. No seas demasiado severo con ella. El distraerse ho-

nestamente, y más a la edad de tu hermana, no tiene nada de malo.

Jim movió dudosamente la cabeza. Su parecer no era igual que el del gerente. El no otorgaba a la juventud toda esa libertad que actualmente posee y replicó:

—Si al llegar me encuentro con que alguien le toma el pelo a la chica, va a tener que arrepentirse, se lo prometo.

No le cabía duda al gerente que haría lo que decía. Jim no era hombre que hablaba por hablar y cuando él hacía una promesa o amenazaba era seguro que cumplía tal y como había dicho. Convencido de que sus consejos nada lograría de él, se despidió deseándole un buen viaje y retomo de nuevo a la fábrica, dejando a Jim que terminase la jornada de aquel día, ya que al siguiente comenzaban sus vacaciones. Mientras tanto, lejos de allí, y ajena a la próxima llegada de su hermano, Diana daba clase a unos pequeños del barrio, que sentían como ella el deseo de ser bailarines, pero sin que ninguno de ellos le abonase el importe de aquellas lecciones. Para las clases, Diana había elegido el único sitio que tenía disponible en la casa y era el terrado de la misma.

Como decimos se hallaba con sus pequeños cuando subió Patsy, su

compañera, a recoger unas patatas, la única cosa que tenían de alimento, y al ver a Diana tan entusiasmada con su clase le dijo:

—Veo que no lo hacen del todo mal, pero también pienso que tu te haces añicos los pies dando saltos todo el día... ¿Y qué sacas de ello? ¡Nada!

—No digas eso—respondió Diana, reprochándole dulcemente—. Uno de ellos me ha traído una empanadilla.

—Sí, conforme—volvió a decirle Patsy—pero convendrás con conmigo que el alquiler de la habitación no se paga con una empanadilla. Hay que tener algo en metálico, y si sus padres quieren que ellos sean saltimbanquis, que lo paguen. Oye, ¿por qué no le dices algo? Apela a sus buenos sentimientos... ¿A ver si hay alguno que dé algo en dinero?

Diana dudó un instante. Sabía de sobras que todos se negarían porque ya lo había probado otras veces, pero para no desairar a su amiga, se dirigió a sus discípulos y comenzó diciéndoles:

—Amiguitos... mis queridos amiguitos... escuchad. Cuando volváis a vuestras casas queréis pedir...

Uno de ellos no la dejó terminar y exclamó interrumpiéndola:

—Si es cuestión de pedir dinero

a nuestros padres, no se cansen ustedes, porque no conseguiremos nada.

—¿Ninguno querrá pagar?—preguntó otra vez Diana.

—No—respondieron casi a coro todos los chiquillos.

Diana se volvió hacia su amiga que estaba esperando el resultado de aquel discurso y le dijo desalentada:

—Bueno, ha sido un verdadero éxito.

Patsy no quiso seguir presenciando la continuación de la clase y bajó a su habitación, donde encontró al paciente Max que seguía escribiendo como un condenado.

Al verla llegar le preguntó:

—¿Ha conseguido algo Diana de sus alumnos?

Patsy se encogió de hombros y haciendo un gesto de despreocupación respondió:

—¡Diana es imbecil! Se pasa todo el día bailando en la azotea hasta caer rendida y de todo ello no saca ni un penique... Se preocupa más de esos chiquillos que de ella misma.

Max no la escuchaba. En cuanto supo que Diana no había sacado dinero volvió de nuevo a su escritura con gran desesperación de Patsy, que le dijo:

—¿Oye, quieres hacer el favor de dejar de hacer garabatos para aten-

derme mientras estoy criticando a la mejor de mis amigas.

Max soltó la pluma; miró seriamente a Patsy y protestó diciéndole:

—Si te refieres a nuestra Diana, no estoy de acuerdo. No es ambiciosa y eso la honra. Ella sabe que la felicidad no la da únicamente el dinero.

—Majaderías—exclamó Patsy, que era más positiva que sus compañeros.

—Pues que te conste que estas majaderías son un conocimiento real de la existencia.

Patsy dejó las herramientas que llevaba en la mano para seguir trabajando en el busto de Max que estaba modulando y se encaró con él diciéndole:

—Max, la realidad es otra. La realidad es que si no conseguimos comestibles ni pagamos el alquiler, pronto llegaremos al final de esa existencia, Diana y yo.

Y como si de pronto se apoderara de ella una idea feliz que podría resolver aquella situación angustiosa en que se hallaban, le propuso a Max:

—Oye, ¿por qué no intentas de trabajar en vez de hacer filosofía barata?

Max abandonó la pluma y contestó con una dignidad que no com-

paginaba muy bien con su lamentable estado.

—Trabajaré cuando pueda o tenga ocasión, pero no una ocasión cualquiera, sino una buena colocación. Entonces verás cómo se gana... ¡Tendré hasta ayuda de cámara!

—Pero Max—siguió diciéndole ella—. Es que esa ocasión no puede demorarse... Después de todo Diana y yo te hemos dado habitación donde cobijarte, ahora te toca a ti velar un poco por nosotras, porque para algo eres hombre.

Max protestó por aquella diferencia del sexo masculino para el trabajo y le dijo:

—No hay diferencia de sexo cuando se busca el cocido.

—Pues el que no lo encuentra es un estúpido—exclamó Patsy.

Diana llegó en aquel momento culminante de la discusión y enseñó a sus amigos la empanadilla que le había traído uno de sus alumnos. Apenas la vió Max exclamó poniendo los ojos en blanco:

—Creo recordar que eso es una cosa comestible... Oye, Diana, ¿y aquel hermano tuyo que está en el Canadá?... ¿No le sería fácil enviarte algún dinero?

—Claro que sí—respondió Diana—. Me enviaría dinero, pero me obligaría a marchar allí... No se avendría a ninguna clase de razo-

nos... Si se enterara de mi situación me obligaría a vivir en su cabaña, allí en medio del bosque.

Unos golpeitos dados discretamente en la puerta obraron el milagro de que todos se mirasen asustados. De sobras sabían ellos quién era el que de aquella forma llamaba y lo peor del caso es que no se atrevía ninguno a abrir. Por fin, Max se sintió el más valiente y abrió para dejar entrar al casero.

Todos afectaron una gran alegría y corrieron a su encuentro, saludándole con fingidas muestras de contento.

—Pase usted, pase usted, señor Hamilton—le dijo Diana.

El casero, hombre tímido hasta dejárselo de sobras, entró adonde estaban los tres amigos y Patsy le preguntó:

—¿Vendrá usted a cobrar el alquiler de esta semana, verdad?

El casero movió negativamente la cabeza y respiraron más tranquilos los tres amigos. Pero aquella tranquilidad duró bien poco, puesto que el casero les dijo a continuación:

—No vengo a cobrar el alquiler de esta semana, sino el de las seis semanas anteriores.

—Oh, perdone usted, señor Hamilton—exclamó Patsy—. Mi escul-

tura está a punto de quedar terminada.

—Sí, lo comprendo —replicó el casero—; pero eso no servirá para llevar a mi mujer el importe de los alquileres. Ella quiere cobrar hoy mismo.

Diana intervino también para convencerlo y le dijo:

—Mis discípulos han de pagarme pronto una fuerte suma y yo desearía que nos concediera usted...

Max fué el último en hablar y encarándose con el casero le dijo:

—Escuche, querido Hamilton. Yo creía que habíamos dejado bien puntualizado este asunto de los alquileres... ¿Qué más da cobrar un día que otro? Incluso le presté mi libro «Morosos» para probárselo.

Hamilton, sin perder su humildad, respondió firmemente:

—Quizá tenga usted razón, pero mi mujer no entiende de esto. ¡O pagan, o se largan! Me ha ordenado ella... Y quizás tenga razón.

Max procuró convencerlo de nuevo diciéndole:

—¿Cuántas semanas llevó dándole conferencias sobre este asunto para que ahora me salgan con eso?... ¿No le prometí que liquidaría por completo cuando la situación cambie?

—Yo espero que «la situación cambie hoy»—respondió Hamilton.

CUIDADO CON LO QUE HACES

—¿De veras nos quiere usted echar a la calle —preguntó asustada Diana?

—Bueno—disculpóse el casero—, yo no lo hago por mi gusto. Pero como esta casa pertenece a mi mujer, aquí se hace sólo lo que ella ordena. Conque ya lo saben ustedes.

Y sin despedirse siquiera volvió a salir, dejando a los tres amigos presa de los más terribles pensamientos. Se veían de un momento a otro de patitas en la vía pública y Diana, después de pensarlo mucho, comprendió que no había más remedio que someterse a las circunstancias y suspiró diciendo:

—¿Qué le vamos a hacer!

—Pues no nos podemos tumbar a la bartola—exclamó Patsy, más decidida que ella—. Alguien tiene que ganar el sustento.

—Claro está que hay que trabajar—respondió Diana.

Max, que se daba cuenta de las miradas que le dirigían las dos muchachas—exclamó indignado:

—Dejad de mirarme. ¡Yo no he nacido para el comercio del hombre! ¡Creo que cometería un crimen!

—Max—le suplicó Diana—. ¿Vas a abandonarnos en esta situación? ¿Qué será de nosotras en la calle, heladas de frío y muertas de ham-

bre y pesando sobre tu conciencia esa responsabilidad?

—Nunca te lo perdonaría — le dijo Patsy.

—Ni podría soñar tranquilo con tu futura riqueza... No es gran cosa lo que nosotras necesitamos—institió Diana.

—Pero, ¿qué es lo que puedo hacer yo?—exclamó Max.

Patsy le miró asombrada de aquella respuesta y le dijo:

—¿Y este es el gran Max? El inteligente y vigoroso Max, a quien nada le asusta y se atreve con todo?

Max se decidió al fin. Miró a las dos amigas, como quien se despide de ellas y salió rápidamente de la casa, dejando a las muchachas un poco sorprendidas.

—Tengo miedo—exclamó por fin Diana.

—Yo también.

—Será capaz de hacer alguna barbaridad. ¿No te has fijado en su cara?

—Sí, verdaderamente no era tranquilizadora.

—¿Será capaz de matar a alguien o de robar!—exclamó Diana—. Voy a seguirle.

Y sin esperar a más ni fijarse que no estaba vestida para andar por la calle, se lanzó a ella, con tan mala fortuna, que apenas había puesto los

pies en ella la alcanzó un coche en el que iban dos hombres.

Diana lanzó un grito de espanto y el coche paró antes de llegar a ella. El más joven de los que lo ocupaban bajó del vehículo y le preguntó:

—¿Se ha hecho usted daño?

Diana le miró indignada y exclamó:

—Por poco me aplasta usted.

—Y hubiera sido una verdadera lástima... ¡Con esos ojos!

Diana comprendió que aquel individuo estaba dispuesto a entablar con ella conversación y, antes de permitírselo, echó a correr hacia su casa, mientras que el joven se la quedaba mirando fijamente, sin poder apartar su vista de ella. Cuando desapareció dentro de la casa, se volvió a su amigo y le dijo:

—Es encantadora, Reggie... ¡Qué ojazos!... ¿Estarás de acuerdo esta vez conmigo?

—Yo sí — le respondió su amigo —; pero estoy seguro de que hay alguien que no lo estará. Por ejemplo, Constance.

—Bah, esas son tonterías — respondió el joven —. Es verdad que Constance es bonita, agradable, pero yo no he tenido con ella más que una buena amistad y he bailado

alguna que otra vez, cuando nos hemos encontrado.

—Pues presta atención a lo que dice el periódico — respondió Reggie. Y comenzó a leer en voz alta:

«Ha sido pedida la mano de la señorita Constance Westacre para el señor Nicolás Broke, famoso deportista y acaudalado propietario. Los esponsales se celebrarán, según parece, dentro de cuatro semanas.»

—No lo creas — exclamó el muchacho, que era precisamente el tal Nicolás (o mejor dicho Nicky, como le llamaban sus amigos), a quien se refería el suelto —. Yo no he pedido la mano de Constance. Esa noticia es sin duda de «Mentidero».

—Pues te advierto que este periódico nunca miente — le dijo su amigo —. Yo supe por él que mi boda se había deshecho antes de que mi novia rompiera conmigo.

—Lo que resulta inaudito es asegurar tal cosa, porque he bailado con ella algunas veces. Ella también creerá que no es cierto y estará más disgustada que yo.

Reggie, que conocía de sobras a la familia de quien se trataba, respondió irónicamente:

—Sí, sí. Debe estar hecha una furia.

Y prueba de que Reggie conocía de sobras a Constance y a su fami-

CUIDADO CON LO QUE HACES

lia, era el hecho de que en aquel mismo momento la joven telefonaba al periódico y daba las gracias por la noticia, diciendo:

—Tengo el periódico en mis ma-

nos... Muchas gracias por haber publicado la noticia. Creo que pronto le daré otras notas. Quizás el día de mi boda. Muchas gracias de nuevo y hasta entonces.

UNA FAMILIA DE CUIDADO

COMO fácilmente se desprende de la conversación telefónica anterior, la noticia del próximo enlace de Nicky no había sido cosa inventada por el «Mentidero» del periódico en cuestión, sino que había sido dada por la misma Constance siguiendo los consejos de su madre y de sus familiares.

La familia de Constance era una de esas tantas familias que, a pesar de estar arruinadas, seguían manteniendo aparentemente el mismo lujo y el mismo tren de vida que cuando nadaban en la abundancia. En la actualidad solamente había una cosa que podría librarles de la ruina total y esto era el casamiento de Constance con algún rico heredero, cuyos millones les sacase a

ellos de la penuria en que se encontraban y los librase de las muchas deudas que habían llegado a contraer para seguir aquella vida.

Nadie como Nick se ofrecía a la vista de doña Emilia, la madre de Constance, para resolver aquel problema. Era joven, millonario, no se le conocían ningunos amores y su corrección le impediría dejar en mal lugar el nombre de una joven, después que los periódicos habían anunciado su próximo enlace con ella.

Y esta feliz idea se la sugirió doña Emilia a su hija, la cual la puso inmediatamente en práctica, con gran desespero, como se ha visto, por parte de Nicky, que estaba dispuesto a deshacer el equivoco, procurando, desde luego, no herir la su-

ceptibilidad de la joven, ni el honor de la familia.

Seguros ya los familiares de Constance de que todo saldría a pedir de boca, cuando Constance dejó de hablar con el periodista, les dijo a los tíos de la muchacha, que habían acudido presurosos a su casa para saber qué había de verdad en todo aquello,

—Estoy segura de que esto le decidirá. Por otra parte no había más remedio que hacerlo. Estoy segura de que nuestros acreedores no están dispuestos a esperar por más tiempo.

—Pero supongo—le advirtió un tío de Constance—que te habrás asegurado de que ese joven tendrá un patrimonio decente, y que un préstamo suyo será mucho mejor que firmar una letra de cambio.

—Déjalo de mi cuenta—dijo un hermano de doña Emilia—. Yo lo pondré a prueba con el truco del cheque.

—¡No!—exclamó asustada doña Emilia, temiendo que su hermano echara a perder toda la combinación—. Te ruego que no vayas a cobrar ningún cheque tuyo.

—Déjanos a mamá y a mí—intervino riendo Constance—y el mundo será nuestro.

En aquel momento una criada entró al salón donde estaba reunida

la familia y anunció la llegada de Nicky y de su amigo Reggie diciendo:

—Los señores Brooke y Baird están esperando.

—Mucho cuidado, que ya están aquí —advirtió Constance, disponiéndose a recibir al que ya daba por prometido.

Segundos después entraba Nicky. Reggie no había querido seguirle, sabiendo lo que resultaba de estas visitas. Además, adivinaba cierta escena violenta y él era un hombre demasiado pacífico para presentarla.

Nicky saludó correctamente a Constance, que era con la única que tenía confianza, diciéndole fríamente:

—Hola, Constance.

Constance le miró fingiendo una gran alegría por verlo y exclamó risueña.

—¡Qué modo más original de pedir mi mano! ¿Has leído los periódicos de hoy?

—Sí, y por eso he venido—respondió Nicky, dispuesto a deshacer el equívoco, y a dar las explicaciones que creyeran oportunas para demostrarles que él no había tenido nada que ver con la noticia.

Pero Constance, sin dejar de hablar, temiendo lo que iba a decir, siguió ella hablando.

—Esa forma novelesca y romántica es encantadora. Nunca pensé que se me pidiera la mano de forma tan extraña. Pero ven, que mi madre quiere saludarte. Está, como ya comprenderás, sorprendida por la noticia.

Doña Emilia se acercó a ellos y le ofreció la mano a Nicky, saludándole.

—Encantada.

—Tanto gusto, doña Emilia— respondió Nicky, cortado por el cariñoso recibimiento que se le hacía, cuando él esperaba todo lo contrario—. Yo desearía explicarles a ustedes.

—No se preocupe — respondió ella — ¡Lo encuentro admirable! Claro que al pronto me causó sorpresa, pero comprendo que una madre no puede retener a sus hijos toda la vida, como sería nuestro deseo. Hay que tener en cuenta la juventud.

El tío Gervasio se levantó para saludar también a Nicky y le preguntó:

—¿Es usted de los Brookes de Berkshire?

—¡No! — respondió sonriendo Nicky—. No se moleste usted en buscar sangre azul en mi familia... Yo pertenezco a la clase media. Todo

el dinero de mi padre fué hecho...

—No diga usted más, joven... No diga usted más—le interrumpió el tío Gervasio, dándose por contento al saber que había dinero.

La madre de Constance volvió nuevamente a intervenir en la conversación. No le interesaba que ésta se desviase y le dijo a Nicky:

—Claro que yo sabía que Constance estaba enamorada de usted. Estas cosas no le pasan desapercibida a una madre... La pobre no ha podido comer ni dormir desde hace veinte días.

—Igual que nosotros—exclamó el tío Gervasio, pensando en los banquetes que le esperaban, si aquella boda se llegaba a realizar.

A Nicky le molestaba toda aquella conversación insustancial y le dijo a Constance, decidido a poner en claro el asunto.

—Oye, Constance, quisiera hablar contigo a solas un momento.

La joven accedió y se fueron a un lado del salón, diciéndole ella, al ver el semblante de su prometido.

—¿Quieres decirme qué es lo que te ocurre? Te veo muy abatido. Pensé que te halagaría casarte conmigo, Nicky.

La contestación era difícil. ¿Cómo decirle a aquella mujer que no pensaba casarse con ella ni con na-

die? Una negativa rotunda era incorrecto y Nicky buscaba en su cerebro las frases apropiadas para decirlo sin molestarla y exclamó tímidamente:

—Pues claro, Constance... no estoy abatido, pero es que temo que no estés enamorada de mí.

Ella sonrió y acariciándole las manos amorosamente:

—Me juzgas mal, Nicky.

Doña Emilia temió porque el joven intentara sincerarse ante su hija y decirle que nada de aquello era cierto, echando por tierra todos sus planes y se acercó a ellos, diciéndoles:

—No tener tanta prisa. Tiempo tendréis para hablaros de amor. Además, Nicky, se ve que no ha descansado... Lo mejor es que le permitas marcharse.

—Es que... verá usted, doña Emilia—empezó diciendo.

—Nada de explicaciones—le dijo la dama—. ¿Quiere usted marcharse ahora? Pues hágalo con toda confianza... Estas muchachas de hoy en día...

Y sin que pudiera impedirlo fué suavemente empujado hasta la puerta y tuvo que despedirse prometiendo volver al otro día.

Cuando volvió a encontrarse con Reggie, éste le preguntó:

—¿Qué, te has librado?

Nicky le miró como para matarlo y Reggie volvió a decirle:

—Ya te dije yo que ese periódico no fallaba nunca. Lo sé por experiencia.

Montaron de nuevo en el coche y se dispusieron a marchar de allí.

GALERIA NACIONAL DE ANUNCIOS

DONDE había ido el pobre Max a dar con sus huesos? Anduvo por varias calles sin rumbo fijo, hasta que de pronto vió pasar junto a él a un hombre uniformado que llevaba un gran bolso de mujer, del cual pendía un magnífico collar de perlas. Tuvo una idea, la de apoderarse de aquel collar y con su producto salvar la situación de las muchachas. Le siguió de cerca y cuando ya estaba decidido a echarle mano el hombre se metió dentro de una magnífica vivienda. Le siguió para ver de alcanzarle en el interior y con gran sorpresa suya, cuando alargaba la mano para apoderarse del collar vió que el individuo tiraba la cartera sobre la mesa, tras la cual estaba una joven, a quien le dijo:

—Aquí tiene eso, Winnie. Estoy cansado de tanto andar.

Max vió el momento de poderse apoderar del collar e intentó echar mano del bolso. La muchacha, que estaba tras la mesa, levantó la vista a él y al darse cuenta de su presencia exclamó:

—¡Ah! ¡Por fin le tenemos aquí!

Max se creyó que querían detenerle e intentó huir, pero Winnie gritó a los que estaban junto a la puerta.

—¡No le dejen salir!... ¡No le dejen!

Max se vió perdido y no intentó resistir. Al mismo tiempo Winnie llamaba por teléfono y decía:

—Señor Gibson... Señor Gibson. Ya tenemos aquí al hombre que tanto buscábamos.

Segundos después apareció el señor Gibson. Era un hombre joven, pero que lo resolvía todo por su cuenta, sin dejar a los demás hablar. Tenía la manía de su negocio y todo lo supeditaba a él.

Al salir y ver a Max corrió hacia él diciéndole:

—¿Por fin le hemos pescado, eh?

Max adelantó las manos para dejarse poner las esposas, diciendo al mismo tiempo, con cara compungida:

—Les aseguro que se han equivocado. Yo no soy ningún ladrón. Estoy escribiendo una obra y además sirvo de modelo.

—Mejor que mejor—respondió el señor Gibson—. Venga, venga.

Max se resistió un poco y el señor Gibson volvió a decirle animándole:

—No tema. Es su felicidad.

Entraron en un gran salón donde vió a varias muchachas y hombres vestidos de la forma más diversa y preguntó extrañado:

—Pero, ¿me quiere usted decir dónde estoy?

—Usted no puede comprender esto—respondió Gibson—. Esto es ahora jauja. Cuando yo me hice cargo era una verdadera birria. Hoy es nada menos que «Galería Nacional de Anuncios». Usted me hacía falta para anunciar el producto: «Vita-

góna», antes de tomarlo. Porque viéndole a usted se revuelven las tripas. Tímido, débil, calvo, miserable...

Max se le quedó mirando fijamente, pensando si aquel hombre estaría loco y al fin exclamó:

—¡Oiga usted, que si me quedo aquí es para ganarme la vida, pero no para que me ponga usted como un trapo!

—Vamos, cálese, y no se preocupe de nada más—le dijo Gibson.

Max aun pensó en la forma de marcharse de allí y le preguntó:

—¿No cree usted que podría encontrar otro modelo mejor que yo?

—Vamos, cálese—exclamó Gibson—. ¿Cree que puede existir otro hombre que se parezca a usted?

Max pensó otro medio de poderse salir de allí y volvió a decirle:

—Oígame, yo quisiera que me dijera si le haría falta otro modelo. Es una chica muy linda.

—Enviémela y le echaremos un vistazo.

—Voy a buscarla—exclamó rápidamente Max.

—No, no. Usted no sale de aquí. Puede utilizar el teléfono, cuando ya esté vestido para que hagan las fotos.

Y poco después el pobre Max, el inocentón Max, apareció en la sala vestido como un verdadero hombre de

las cavernas. Por toda indumentaria llevaba la piel de un animal rodeándole la cintura y los pelos desgredados. Cuando se vió con aquella facha hasta tuvo deseos de llorar, pero se acordó de las muchachas que estarían intranquilas con su ausencia y empleó el teléfono para decírlas:

—Diana, si aun insistes en la idea de buscar dinero, yo te diré dónde hay que ganarlo, siempre que no te asustes de las grandes sorpresas que te den. Acude al número 37 de la Avenida Cradock... ¡Si tú pudieras verme ahora!... ¡Yo me avergüenzo de lo que soy!... ¿Has apuntado la dirección?

—Sí—respondió Diana—, Patsy la ha apuntado. Pero, dime, Max, ¿qué lugar misterioso es ese?

—Un lugar horrible.

—¿Cómo?

—¡Repulsivo! — siguió diciendo Max.

—¿Dices que repulsivo?—preguntó extrañada Diana.

—Sí, Diana. Pero no me culpes a mí cuando vengas y piensa que

hay que sufrirlo todo en esta vida.

Diana fué a responderle y se dió cuenta de que habían colgado violentamente el teléfono, lo que le hizo suponer que algo grave debía haberle ocurrido y le dijo a Patsy:

—Han colgado... Quizá le haya ocurrido algo... Voy a ir inmediatamente en su ayuda.

—Sí, corre—le dijo su amiga—. No te detengas, no vayas a llegar demasiado tarde.

—Dame esa dirección—le pidió a Patsy.

Ésta se la dió, recomendándole al mismo tiempo:

—Ten cuidado, Diana, que ya has visto lo que ha dicho. Llámame si puedes, y piensa en lo intranquila que me dejas.

—No pases cuidado. No creo que me vaya a pasar nada — procuró tranquilizarla Diana.

En unos minutos se cambió de traje, se arregló un poco el pelo y se lanzó a la calle en busca de aquella dirección y para ver la forma de auxiliar al pobre Max a quien creía perdido.

UNA MODELO SORPRESA

MIENTRAS que Diana se dirigía hacia la Galería Nacional de Anuncios, el señor Gibson se apoderó de Max y lo llevó a una especie de plataforma, colocándole al lado de otro hombre elegantemente vestido. Al lado de las dos plataformas se leía la siguiente inscripción. En la de Max: «Antes de tomar el producto Vitagon». En la de su compañero: «Después de haberlo tomado».

Max, al verse al lado de aquel otro joven protestó diciendo:

—¡No, no quiero hacerlo!

—¡Usted me ha dicho que era modelo!—exclamó Gibson.

—Sí, pero de cabeza sólo.

—Bueno, de cabeza o de patas, me da lo mismo. Sepa que ahora

trabaja para mi agencia de anuncios, que lo he contratado y ha de servirme.

Se volvió hacia el fotógrafo que tenía preparada la máquina y le ordenó:

—¡Vamos, prepárese!

—Esto es vergonzoso — exclamó Max mirándose—. Y pensar que la culpa de todo la tiene esa estúpida dueña de casa. Ahora mi cara aparecerá en todas partes incitando a todo el mundo a que tome esto en las sopas.

—¿Incitándoles dice usted?—exclamó el señor Gibson—. Esa cara suya les llenará de pánico... Aparezca más deprimido, hombre..., con cara de miseria.

Max se avino a lo que ordenaba Gibson y suspiró.

—Señor, lo que hay que hacer por el cocido... Enfermos y pacientes, os he coaccionado sin querer.

Mientras se hacían las fotos a Max y a su compañero, en el salón de recibimiento había dos jóvenes muy atildados que venían en busca de colocación, y el más presumido de ellos le preguntaba a Winnie.

—¿Cree usted que tendré que esperar mucho tiempo todavía?

—Lo siento, pero estoy segura de que el señor Gibson les admitirá en cuanto les vea.

Salió poco después el señor Gibson, y su secretaria les indicó los dos jóvenes diciéndoles:

—Señor Gibson, son los modelos para las camas Comfy.

—¿Para las camas Comfy?—preguntó Gibson inspeccionándolos—. No me sirven. No estarían bien en pijama.

—¿Dice usted que yo no estaría bien en pijama?—exclamó el otro ofendido.

Claro que no. Pueden marcharse.

Los jóvenes salieron indignados de lo que les había dicho Gibson y en la puerta tropezaron con Diana que llegaba en aquel instante y quien les preguntó:

—¿Pueden ustedes decirme qué sitio es éste?

—¿Esto? Esto es un lugar asqueroso—dijo uno de ellos.

—¿Sucio?—preguntó ingenuamente la muchacha.

—Sí, más todavía. Si quiere seguir mi consejo no entre ahí.

—Pero no tengo más remedio que entrar.

—Bueno, pues haga usted lo que quiera, pero luego no diga que no se lo hemos advertido.

Diana se quedó indecisa sin saber qué partido tomar. En un principio tuvo miedo de entrar allí. Primeramente por lo que le había dicho Max por teléfono y ahora por lo que aquellos jóvenes le decían.

Pero pensó en la situación de Max. Comprendió que no tenía derecho a dejarle abandonado, pues si se encontraba en aquella situación era precisamente por salvarlas a ellas y ella tenía también la obligación de correr en su ayuda. Decidida a esto último entró en la Galería Nacional de Anuncios y oyó decir a Winnie en aquel instante:

—¿Camas Comfy!

—¿Camas Comfy?—preguntó extrañada. Y acercándose a la secretaria le dijo: —Usted perdona.

—Aguarde usted un momento—respondió Winnie creyendo que se trataba de alguna solicitante.

Pasados unos minutos volvió otra vez a acercarse para preguntarle:

—¿Ha visto usted a un hombre

de cara pálida y aspecto desesperado?

—Aquí hay muchos hombres, señorita—respondió la secretaria.

En aquel instante salió Gibson. Se quedó mirando a Diana y exclamó entusiasmado:

—Justamente la ando buscando.

Diana le miró extrañada. ¿Cómo era posible que aquel hombre la buscara si jamás se habían visto? Pero aun fué mayor su sorpresa cuando le oyó decir:

—La han casado a usted alguna vez.

—¿A mí? No, señor.

—Pues es una lástima, porque es usted un encanto. Usted hará una perfecta desposada.

Diana, que cada vez podía salir menos de su asombro, protestó diciéndole:

—¡Oh, nada de eso! Estoy segura de que no sirvo.

—No diga tonterías y aproveche esta oportunidad, que es de gran porvenir para usted—y cogiéndola del brazo se la llevó al interior diciéndole: —Vamos, venga conmigo.

Diana estaba temblorosa. No sabía dónde quería llevarla y temió en aquellos instantes que la obligasen a casarse a la fuerza. No comprendía por qué aquel hombre tenía la manía de casarla, ni qué le importaba a él si sería una buena o

mala desposada. Pero como a pesar de sus protestas el otro no la hacía caso no tuvo más remedio que seguirle, hasta que se vió dentro de un saloncito de belleza donde había varios sillones y oyó decir de nuevo a Gibson:

—Aquí está la novia que tanto he buscado. ¿Verdad que es perfecta y maravillosa? Arréglenla cuanto antes, que estoy impaciente.

El maquillador la obligó a sentarse en uno de los sillones, mientras que Diana pugnaba por evadirse protestando.

—¡Eh, que yo no estoy dispuesta a casarme con nadie! ¡Esto es un atropello!

—¡Cálese usted!—le dijo Gibson!—. Las otras que tuve no me sirvieron, espero que usted si me servirá.

—¡Oh, no!—siguió exclamando ella e intentando nuevamente marcharse. Gibson, que no comprendía cómo adoptaba esta actitud después de ir a solicitar el empleo, le preguntó extrañado:

—¿Por qué se pone usted tan nerviosa? Yo he tratado con docenas de novias y ninguna ha protestado.

—Pues déjeme salir de aquí. Si es cierto que ha tenido tantas novias, no me echará de menos a mí... Qué más da una más que una menos...

El maquillador intentó embadurnarle la cara con una pomada para arreglarle el cutis y ella siguió protestando, mientras que Gibson, enfadado, la dijo:

—Cállese de una vez, y usted acabe pronto.

Al cabo de media hora, Diana parecía otra con el maquillaje. Además estaba vestida de novia y esto la hacía temblar más. Comprendía que aquella era una casa de locos y que quisiera o no aquél iba a casarse con ella. Temblaba de miedo de verse encerrada allí y creyó lo mejor seguirles la corriente antes que intentaran hacer nada contra ella. Después de todo un casamiento así no era válido y cuando saliera lo pondría todo en conocimiento de la policía, denunciando que allí se casaban a las muchachas en contra de su gusto.

Cuando Gibson la vió arreglada exclamó satisfecho, tomándola por una mano:

—Exactamente lo que yo necesito. Es usted la mujer que yo buscaba.

Diana le rechazó enérgicamente, diciéndole:

—Gritaré si vuelve usted a tocarme.

Gibson, cansado ya de tantos remilgos le dijo:

—Oiga, niña, ¿qué se ha creído

usted? A ver si terminamos de una vez—llamó al fotógrafo y le ordenó:—Eh, Billie, trae la cámara hacia aquí ¡Yo creía haber encontrado una novia y he encontrado una loca!

—¿De verdad quiere usted casarse conmigo?—preguntó esperanzada Diana.

—Yo lo único que quiero es su fotografía, ¿entiende usted?—le explicó Gibson— Esto es una agencia de anuncios y no de matrimonios. ¿comprend-s?

Diana respiró tranquila. Empezó a darse cuenta de su equivocación y afirmó con la cabeza. Gibson continuó explicándole, al mismo tiempo que le señalaba una linda mesita donde había unos cubiertos de plata.

—Fíjese bien en lo que le digo. Hágase cuenta de que hoy es el día más feliz de su vida y que antes de prestar juramento al pie del altar no ha podido evitar el deseo de venir a contemplar este regalo de cubiertos de la casa Barglay.

Diana seguía afirmando, y Gibson le ordenó:

—Vamos, demuestre su alegría. ¡Ponga un gesto feliz, un gesto como la que sueña con el primer desayuno en compañía del ser amado, usando los incomparables servicios de la casa Barglay.

Diana ensayó una sonrisa que,

sin querer ella, salió deliciosa. El fotógrafo tiró la placa y Gibson exclamó:

—¡Ya está!

Diana se dejó caer sobre un sillón sin poder hablar y Gibson le dijo al fotógrafo:

—Cuando se despierte le diré que puede volver mañana.

Al poco rato Diana se rehizo y el fotógrafo le dijo:

—Vaya a quitarse ese traje y vuelva mañana para hacer otras fotografías.

La muchacha tuvo más confianza con el fotógrafo y le pidió una

explicación de todo aquello, a lo que el artista le respondió:

—No tenga usted miedo alguno. Aquí es una agencia de anuncios. Usted no tiene otra misión que dejarse fotografiar y cobrar su sueldo.

—¿Entonces pagan por lo que yo he hecho?—preguntó ingenuamente ella.

—¡Claro que sí! Y puede usted volver mañana otra vez.

Tranquilizóse por fin Diana y se fué a desnudar para ponerse el vestido que había traído, pero sin poder averiguar nada de Max.

UN SEGUNDO ATROPELLO

PRECISAMENTE, cerca de allí, en el número siguiente al de la Galería Nacional de Anuncios, estaba la casa de Constance. En aquel instante Nicky salía de su casa, mientras que doña Emilia y su hija miraban por detrás de las persianas para ver lo que hacía. Nicky, nervioso como estaba, apenas si se daba cuenta de lo que hacía, y en vez de poner la marcha para adelantar, puso la marcha atrás del coche, en el preciso instante que Diana iba a cruzar la calle. La muchacha se vió derribada y dió un grito de miedo. Nicky paró inmediatamente el coche, sin que ocurriera ninguna desgracia. Diana, al ver quién era el que le atropellaba, exclamó indignada:

—¿Otra vez?... Seis millones... Seis millones... Seis millones.

—¿Qué es eso de seis millones, señorita?—preguntó extrañado Nicky.

—¡Que hay seis millones de personas en la ciudad y viene a atropellarme siempre a mí!

—Oh, no lo crea—respondió disculpándose Nicky y dándose cuenta de quién era ella—. No hay por qué tomarlo así. Más que desgracia es una suerte... Bueno, quiero decir que...

Al mismo tiempo que hablaba intentaba ayudarla y ella le rechazó furiosa diciéndole:

—No me hace falta, muchas gracias.

—¿Se ha hecho usted daño?—preguntó solícito Nicky.

—No, señor—respondió ella—. Pero le deseo que tenga usted más suerte la próxima vez y logre quitarme de en medio.

—¿Pero es que la había atropellado alguna vez?

—Ya lo creo—respondió irónicamente la joven—. Indudablemente piensa usted que soy una carretera. Y mire que es difícil atropellar a una persona dos veces seguidas, es tanto como pescar a una misma anguila dos veces.

—Pues créame que me tiraría al río para reparar esta falta—le respondió él.

—¿Sí?—preguntó Diana, mostrándole el tacón de su zapato desprendido—. Pues hágalo.

—¿Está usted entonces enfadada conmigo?—preguntó Nicky.

—Claro que sí. Usted dirá. Mire lo que ha hecho.

—Tiene usted razón—replicó Nicky—. Veremos si se puede arreglar.

Empezó a arreglar el tacón, sin que pudiera conseguirlo y al mismo tiempo le decía:

—Créame que quisiera gustarle.

—Pues no hay razón que lo justifique—exclamó Diana—. He tenido un día aciago y para colmo de desgracia topo con usted.

—Pues, sin embargo—le dijo Nicky—, yo creo que para mí ha sido

un día de suerte. Oiga, ¿por qué no viene usted a cenar conmigo?

Diana se le quedó mirando fijamente y al fin le preguntó:

—Dígame, ¿qué es lo que hay en mi persona que le sugiere siempre la idea de la comida? Esta mañana me invita usted al té y ahora a cenar.

—Tal vez sea usted la que me abre el apetito.

Haciendo esfuerzo por colocar el tacón, lo único que hizo fue arrancarlo del todo y hacer que Diana le dijese más indignada todavía:

—Veo que es usted un señor muy galante, que me rompe los tacones con mucha galantería.

—Después de todo—protestó sonriendo Nicky—la culpa no ha sido solamente mía. Usted estaba detrás del coche y yo no tengo ojos en la espalda.

—No, si al final saldrá usted diciendo lo de todos. Que las mujeres no sabemos por dónde vamos.

—Habla usted como un libro.

En aquel momento un camión atrás dió un golpe a Nicky tirándolo por tierra. Diana soltó la carcajada y le dijo al conductor:

—Yo lo he visto todo. La culpa ha sido de él.

—Gracias, señorita—le respondió el conductor.

—Después de todo usted no tiene

ojos en la espalda. Es lo de todos los hombres que no saben nunca por dónde van.

Y antes de que Nicky pudiera levantarse, Diana, sin pensar en su tacón, echó a andar para alejarse cuanto antes del lado de aquel «atropellador».

Constance y su madre que habían presenciado toda la escena se hallaban indignadas. Se habían dado cuenta de la complacencia del joven con la muchacha y su madre le dijo:

—Me parece que ese Nicky corre peligro al lado de esa joven.

—No lo creas—respondió ella—. Ya verás cuando venga esta noche. Tengo mi plan.

Y el plan de Constance no podía ser más sencillo. Ella se haría la enferma y no daría lugar a que Nicky pudiera hablar con ella para deshacerse del compromiso en que ella misma le había metido. Su madre sería la que lo recibiría y no le dejaría hablar de aquel asunto; impidiéndolo de la forma que fuera más oportuno, sin suscitar sospecha alguna.

—Hay que tener mucho cuidado—le dijo su madre—. Si no logras cazarlo después de la comedia que hemos hecho esta mañana estamos perdidas.

—Tú te rindes en seguida—le

respondió Constance—. Pero ya verás cómo dentro de un minuto mi acaudalado prometido habrá venido a visitarme...

—Y cuando lo haga—la interrumpió doña Emilia—me veo en la ruina porque supongo que vendrá a deshacer ese enlace que tanto hemos anunciado.

—Eso creará él—respondió sonriendo la joven—. Tú haz lo que te he dicho. ¿Eres buena actriz?

—No sé si seré buena o mala, pero a tu padre lo he tenido embaucado durante muchos años—dijo doña Emilia riendo.

—Bueno, pues a ver si sabes engañar a Nicky Brooke cuando venga.

Sonó el timbre y Constance exclamó:

—Ya le tenemos aquí... A ver cómo te portas, mamaita.

En efecto. Era Nicky que llegaba y antes de poder entrar le detuvo la doncella, diciéndole:

—Un momento, señor. Voy a avisar.

Peró antes de que la doncella fuera a dar el aviso de su llegada salió doña Emilia, y al verlo exclamó gratamente sorprendida.

—¡Oh! Ya suponía que sería usted. Celebro verle de nuevo, Nicky. Constance está...

Peró al fijarse que estaba allí la

doncella le indicó que callase diciéndole a continuación:

—No es prudente hablar delante de Collins. Es tan chismosa... Y luego lo exagera todo... Ni quiero que se entere que Constance está enferma y acostada. Luego diría que se trata de la peste bubónica o algo así.

—¿Constance está enferma?—preguntó extrañado Nicky—¿Desde cuándo?

—Oh, no es nada—exclamó la madre de Constance, como si quisiera tranquilizar a Nicky—Son los nervios. Es tan nerviosa esta chica, ¿sabe usted?

—Me alegro que no sea nada serio... ¿Cuándo podrá verla?

—Ahora no — respondió doña Emilia—. Le acabo de hacer tomar un calmante... Está durmiendo como un niño, pero tengo la seguridad que dentro de un par de días estará mejor y podrá recibirle con gusto.

—¿Un par de días?—preguntó intranquilo Nicky—puesto que lo que él quería era acabar cuanto antes con aquella situación tan embarazosa que le hacía pasar a los ojos de todo el mundo como el prometido de Constance. Y en vista de que no podía hablar con Constance pensó el joven que lo mejor era hablar con su madre y explicarle el

caso para que ella misma se lo dijera a la joven.

—Doña Emilia—empezó diciéndole—Yo quería decirle a usted...

Doña Emilia le atajó. Se dio cuenta de lo que Nicky iba a decirle y como su pensamiento era tenerlo comprometido un par de días para que luego no pudiera echarse atrás, le dijo, haciéndole una indicación para que callase:

—¡Calle, por Dios! ¿Qué pensará usted de mí? Ni siquiera le he ofrecido una taza de té.

Llamó el timbre sin atender a las protestas de Nicky que le decía:

—No, muchas gracias. Yo no tomo té. Lo que deseo es hablar con usted un momento...

—Pero no delante de Collins—le dijo doña Emilia—. Sobre todo si se trata de algo particular. Transformaría la más pequeña debilidad en el mayor de los vicios.

—Pero si no se trata de...

Entró Collins en aquel instante y doña Emilia le ordenó:

—Té para dos, Collins.

—¡Oh, no!—exclamó Nicky que por nada del mundo quería tomar té—No lo traiga para mí. De veras.

Doña Emilia, en vista de que no podía convencer a Nicky para que callase, ideó otro medio para sacarlo de casa y que de aquella forma

pudiera deshacer el equívoco. Por lo mismo le dijo sonriendo:

—Ustedes los hombres siempre tan de prisa. ¿Adónde va ahora? Sin duda al Club, a jugar una partida de bridge...

—No, señora—exclamó nerviosamente Nicky, cansado ya de que ella hablase solamente sin dejarle a él exponer el verdadero motivo de su visita—. Yo sólo juego al parchis.

—Pues vaya, vaya usted y no se preocupe por Constance—y al ver que entraba Collins, siguió diciendo en alta voz para que la doncella lo oyese—. Bien, si insiste en marcharse puede hacerlo... Collins, traiga el sombrero del señor.

Mientras la criada iba por el sombrero de Nicky quiso aprovechar la ocasión y empezó diciéndole:

—Doña Emilia, en aquella noticia del periódico había una lamentable equivocación.

—Ya lo sé. Lo noté yo misma en seguida. Escribieron su nombre poniendo una «x» al final. Pero eso no tiene importancia.

—No es eso—replicó Nicky—; porque mi nombre se escribe tal y como apareció en el diario...

—Pero no se pronuncia así, ¿verdad?

Nicky estaba desesperado. Aquella mujer no le dejaba hablar y él estaba decidido a hacerlo y mucho

más desde su segundo encuentro con Diana.

—Mire usted, doña Emilia—intentó de nuevo—. Lo que yo quería decirle es que...

Doña Emilia se puso un dedo en la boca indicándole que callase, al mismo tiempo que le indicaba a Collins que había entrado con el sombrero y le decía:

—Ya volverá usted y me lo dirá mañana y si no, otro día cualquiera. Pero prométame que no vendrá con tanta prisa como hoy.

—Pero si le aseguro a usted que no la tengo—exclamó desesperado Nicky.

—Por Dios, no gaste cumplidos para satisfacer a una vieja—le dijo ella sonriendo—. Ahora debe marcharse y no quiero retenerle... Adiós, futuro yerno.

Y Nicky, sin poder decir nada más, tuvo que salir de casa de aquella prometida que le había caído del cielo, mientras que doña Emilia entraba en la habitación de su hija que había estado escuchando toda la conversación.

—Toma un poco de agua mamá, estás excitadísima.

—Sí, hija mía—le dijo doña Emilia—. La necesito. En dos ocasiones por poco si fracaso.

—Pues ya te puedes ir acostumbrando, hasta que llegue a casarme.



El terrado les servía para dar clase.



Nicky Brooks.



—Oye, ¿por qué no intentas trabajar?



—Es usted la mujer que yo necesitaba.

CUIDADO CON LO QUE HACES



—Por poco me aplasta usted.



—Le deseo que tenga más suerte la próxima vez.



Por primera vez admitió
la invitación.



—¿Pero qué es lo que
hace usted?

CUIDADO CON LO QUE HACES



—Usted también tiene
que cantar.



—Te has olvidado de
traer el té.



—¿Cómo te encuentras?



Por fortuna pudo agarrarse a un saliente de la montaña...

CUIDADO CON LO QUE HACES



Pasaban las horas embel-
lesados.



—¡Oiga, la cuerda!



—Cualquiera se entiende
con locas.



—¡Nick!

CUIDADO CON LO QUE HACES

—¿Tienes alguna otra idea?—le preguntó su madre—. Porque se ve que está decidido a hablar claro.

—Ya lo creo. Una encantadora sorpresa para mi maridito futuro. Es algo espléndido.

Nicky volvió a reunirse con su amigo Reggie y le dio cuenta de la enfermedad de Constance diciéndole finalmente:

—Estoy seguro de que no le ocurre nada... su madre apenas le dio

importancia. Dice que mañana estará bien.

—Ya lo sé—contestó Reggie—. El prólogo de la tragedia ha sido hoy y sin duda la gran escena final será mañana.

—Siento que voy a defraudarte Reggie — le replicó Nicky—. No quedará satisfecha tu pasión por lo dramático. No habrá tal escena ni cosa parecida. Constance es una chica inteligente y se dará cuenta de todo.

OTRA VEZ JUNTOS

A L día siguiente por la mañana iba Diana de nuevo a las Galerías Nacional de Anuncios, cuando Nicky que iba para casa de Constance, la vió. Sintió una alegría inmensa al verla y saltó del coche dirigiéndose a la portería de Constance. Le entregó al portero un ramo de flores que llevaba para ella y le dijo:

—Para la señorita Constance. Dígame que espero que se mejore y que pronto la visitaré.

Echó a correr tras la muchacha y la encontró en una situación difícil. Sin que ella se diese cuenta había metido el tacón del zapato en un agujero de una tapa de hierro de una boca de gas y se encontraba allí

prisionera, sin poder dar un paso y sin poder sacar el pie.

Así la encontró Nicky, que le dijo:

—¡Hola! Justamente quería volver a topar con usted—y al ver la cara de asombro de ella se explicó mejor, diciéndole—: quiero decir, encontrarla.

—¿Usted? ¿Usted otra vez?—exclamó ella—. Ya me imaginaba que andaría por aquí. Sin duda fue usted quien puso esta trampa.

—Yo no, se lo prometo—respondió Nicky—. Pero, ¿qué le pasa? ¿Se ha cogido el tacón?

—¿No lo ve usted? Y ahora, por Dios, no se le vaya a usted a ocurrir invitarme a desayunar porque ya lo he hecho.

—Pues ha corrido más que yo —respondió Nicky—. Todo eso es por no acompañarme anoche a cenar, pues yo tampoco cené. No sé lo que me pasa que desde que la vi no veo otra cosa.

—¿Y me lo dice usted a mí? Ya lo he podido comprobar por dos veces —le dijo intranquila ella—. Pero ¿quiere usted ayudarme?

—Ya lo creo que sí... ¿Sabe usted que tendré que ir al oculista? Tome su cara por ejemplo. No tendría nada de extraño que fuera usted una mujer fea y que a mí me pareciese bellísima... Y el caso es que bien pudiera ser.

Nicky quería aprovechar aquella ocasión en que Diana no podía escaparse para estar al lado de ella, hasta que la joven exclamó desesperada:

—Oh, ¿por qué se fija usted en mí? Usted debe conocer alguna otra chica en la ciudad...

Nicky sonrió al advertir la nerviosidad de la joven y le preguntó cariñosamente:

—¿Pero todavía sigue odiándome? Yo creo que ya no.

—No sea usted pretencioso... Ni siquiera le conozco.

—Esa contestación es absurda —replicó Nicky—. Yo tampoco la conozco y estoy a punto de enamorarme de usted, en el rato que lle-

vamos juntos. No es culpa nuestra, sólo se debe a una reacción química. Somos juguetes de la ciencia. Un par de tubos de ensayo, como si dijéramos.

—¿Pero puede usted largarse ya de una vez! —le replicó Diana que estaba ya cansada de oírle, aun cuando interiormente no podía menos que confesar que era simpático aquel muchacho.

Nicky, pensando que tenía el pie aprisionado y que necesitaba de él, respondió:

—Si usted lo quiere, adiós.

—¡Oh, no! —exclamó ella llamándole— ayúdeme usted a salir de aquí.

Pero Nicky quería que se lo pidiese de otra forma y no le hizo caso, hasta que ella volvió a repetir:

—¿Tiene usted la amabilidad de sacarme el zapato?

Entonces fué cuando Nicky la ayudó a quedarse libre. Mas apenas se vió suelta, echó a correr y se metió dentro de la Galería Nacional de Anuncios.

Nicky echó a correr tras ella, pero cuando llegó adonde estaba Winnie ya Diana se había metido en el salón y no pudo verla.

—Necesito ver en seguida a esa chica que acaba de entrar —le dijo Nicky.

—Lo siento, pero no podrá us-

ted hacerlo porque está ocupada...
¿La conoce usted?

—¿Qué si la conozco? La amo...
¿Cómo se llama?

Winnie le miró sorprendida y exclamó:

—¿Dice usted que la ama y no sabe siquiera su nombre?

—Escuche usted, preciosa—pretendió explicarse Nicky— Uno de estos días usted querrá unirse a un hombre en matrimonio, ¿quién será el padre de sus hijos? ¿Sabe usted su nombre?

—No—respondió la secretaria.

—¿Lo ve usted? El nombre es lo de menos. Ande, preciosa, dígame cómo se llama esa chica.

—Se lo diré a usted. Se llama Diana Castle.

—¿Diana Castle? No lo olvidaré. ¿Y por qué no le dice usted ahora que quiero verla?

—Porque no podrá usted hacerlo. Ahora está posando.

—¿Posando? ¿Acaso es modelo?

—Sí, para un anuncio. Medias de seda Simón.

En aquel momento salió el señor Gibson. Al ver a su secretaria hablando con Nicky le preguntó:

—¿Quién es éste?

—Pues yo... yo...—respondió sin saber qué explicaciones dar— Pues yo soy uno de sus modelos. Esta señorita me conoce muy bien.

Justamente me estaba hablando del anuncio de las medias de seda Simón.

Gibson se le quedó mirando fijamente y al fin aprobó su presencia diciéndole a su secretaria:

—¿Servirá este joven? Déle usted pase.

Winnie extendió un pase a nombre de John Smith, pues no conociendo su verdadero nombre puso el que más pronto se le vino a la imaginación.

Una vez extendido el pase le dijo:

—Pase usted a la habitación número 6.

Después de dejar resuelto el asunto de Nicky, a quien ya se le conocía con el nombre de John Smith, Gibson entró en uno de los salones de la galería que había sido convertido en un frondoso parque artificial. Allí estaba Diana a quien Gibson le explicó lo que tenía que hacer, diciéndole:

—Bueno, usted se figurará que está en el parque de Ascott. El viento sopla de una manera huracanada... ¡Oh!, pero no hay viento que valga cuando hay medias de seda Simón—y volviendo hacia el maquinista ordenó—: ¿Quiere usted imprimir un poco más de velocidad a este ventilador?

El maquinista cumplió la orden y

el ventilador giró más aprisa, levantando las faldas de Diana para que se pudieran apreciar las medias.

Este ventilador era enorme de grande. Poseía cuatro palas inmensas y solamente verlo era suficiente para que uno se diese cuenta del huracán que debía formar aquel aparato si se le daba toda la marcha.

Cuando Nicky quedó listo, Gibson le designó a Diana, diciéndole:

—Tiene usted que trabajar con aquella muchacha.

Y la sorpresa de Diana no fué pequeña cuando lo vió junto a ella y que la abrazaba, siguiendo las instrucciones de Gibson.

—¿Pero, qué es lo que hace usted?—exclamó ella indignada.

—Sigo las órdenes del director. Yo también soy modelo.

—¿Usted?

—Sí, ¿por qué no puedo serlo? ¿Acaso no tengo derecho a ganarme la vida?

—¿Pero, usted no es un hombre de mucho dinero?—preguntó ella sorprendida.

—Soy un pobre John Smith, que tiene que ganarse el cocido todos los días.

—¿Cómo dice?—preguntó ella.—¿Que se llama John Smith?

—Sí—respondió él, a grandes voces, puesto que el ruido del ventilador no le dejaba oír bien.

—¿Y precisamente trabaja usted aquí?—preguntó ella.

—Claro.

—Pues es lo único que me faltaba—respondió Diana.

El la miró cariñosamente y le dijo:

—Es usted de hielo. Ese ventilador será quizás el que tiene la culpa de todo. Voy a pararlo.

Pero tuvo la desgracia de que en vez de darle al botón de paro, le dió al de marcha y allí fué Troya. El ventilador empezó a funcionar con todo su impulso y no había alma viviente que pudiera estar allí. Los decorados rodaron por el suelo, los modelos se vieron impulsados unos contra otros, nadie tenía fuerzas para resistir aquella velocidad y rodaban de un lado a otro procurando sujetarse a algún sitio antes de que se los llevase aquel verdadero huracán. El pobre botones quedó suspendido en el aire y hasta el mismo Gibson hacía esfuerzos extraordinarios para poderse mantener en pie. Varias veces que lo intentó volvió a rodar por el suelo. Al fin, arrastrándose se acercó al ventilador y lo paró, gritando cuando éste hubo cesado de funcionar.

—De hoy en adelante nadie, excepto yo, debe tocar este ventilador.

Nicky también había sufrido los

efectos del viento y se hallaba tumbado a los pies de Diana, que respuesta ya, le preguntó temerosamente:

—¿Se ha hecho usted daño?

Nicky sonrió complacido y le respondió:

—Veo que hay alguien que empieza a preocuparse por mí.

—Indudablemente que alguien se tiene que preocupar. Pero, ¿se ha dado usted cuenta de que se ha quedado sin empleo?

—Poco me importa. Teniéndola a usted a mi lado estoy rebotando de satisfacción. ¿Supongo que no la habrá despedido a usted también? Lamentaría que por mi culpa le ocasionaran un perjuicio.

—Mire John—le dijo ella amistosamente—le aseguro que usted no ganará siendo modelo. ¿Por qué no se lanza a empresas más grandes? Créame usted, no siga usted este oficio, ni tampoco manejando coches de otro. Dedíquese a algo más provechoso.

—¿Eso quiere decir que va usted a interesarse por mí de hoy en adelante?

—Lo haré, aunque creo que no tendrá usted éxito en nada, como no sea conduciendo un taxi, pero tenga ánimo.

—No me preocupo por ello. Pero nuestra amistad tenemos que cele-

brarla. Nos iremos al campo a respirar un poco de aire puro.

Diana, al oír hablar de aire tembló pensando en el ventilador y le dijo:

—No hable usted de aire, por favor. ¿Le parece poco el que hemos tenido?

—Yo me retiro al otro aire, al del campo. ¿Sabe usted lo que haré? Le pediré el coche a mi amigo Reggie.

—¡No, por Dios!—exclamó Diana—. ¿A quién piensa usted atropellar?

—¿No se atreve usted a venir conmigo?

—Claro que sí—respondió la muchacha—. Desde luego estaré más segura dentro del coche que fuera, por lo menos no podrá atropellarme. Ya está aceptado.

Salieron los dos jóvenes de la Galería Nacional de Anuncios y poco después se dirigían al campo para pasar la tarde allí merendando tranquilamente. Durante el trayecto la joven cogió el periódico que Reggie había dejado dentro del auto y leyó las notas de sociedad, en la que se daba cuenta de la presentación de cierta joven y de la cena dada en su honor, a la que asistieron 200 comensales.

—¡Qué barbaridad! — exclamó

Diana—. Se conocen que harían cola?

—Prefiero una cena para dos—respondió Nicky.

Diana siguió leyendo en voz alta y ahora fué una noticia que interesaba mucho a Nicky, puesto que decía:

«Dentro de poco se celebrará el enlace de la señorita Westacle con Nicolás Brooke, acaudalado joven deportista...»

—¡Tira ese periódico!—le dijo Nicky. Y antes de que ella pudiera impedirlo se lo arrebató de las manos, exclamando la muchacha extrañada de aquella actitud tan poco correcta:

—¡John!

—Perdona, Diana, pero es que toda esa cursilería me revuelve el estómago.

—Bueno, pero eso no justifica que te violentes. Cualquiera diría que ese Nicolás Brooke es algún ferroz enemigo tuyo.

—En cierto modo, sí lo es.

—Pues ahora cuando se case con una aristócrata, tal vez te desprecie—le dijo.

—No se casará. Ese enlace no es seguro... Tengo referencias exactas de ello. El novio romperá el compromiso... Ya lo leerás en la prensa.

—Bueno, después de todo es una cosa que no me interesa. Por mí

puede casarse con la joven que quiera... Conozco a esa clase de tipos. Mucha figura, mucho dinero y poco cerebro... La damita esa puede guardárselo... Ahora hablemos tan sólo de John Smith.

—Pues yo te diré que estoy en la gloria.

—¿De verdad?—preguntó Diana halagada.

—Te lo juro.

Llegaron al sitio elegido y pararon allí. Ella misma se encargó de extender el mantel, de sacar las cosas que habían llevado para la merienda y mientras lo hacía, Nicky exclamó satisfecho:

Esto es vivir. Todo paz y quietud y solo tú y yo.

—¡Oh, John, cuánto has gastado!... Hasta caviar. ¡Hace tantos años que no lo había probado!

Hasta ellos llegó un coche que llevaba en una de las portezuelas la inscripción de «Manicomio Municipal» y uno de los ocupantes se acercó adonde estaban los jóvenes preguntándoles:

—Perdonen ustedes. ¿Han visto por aquí a un hombre alto, grueso y con facha de extranjero?

—No hemos visto a nadie—respondió Diana.

—Ni un alma—dijo a su vez Nicky.

—Gracias y perdonen que les haya molestado.

Volvió a subir otra vez al coche y al mismo tiempo que arrancaba le dijo a su compañero:

—Dicen que no le han visto por aquí... Me parece que no debe estar muy lejos. Vamos un poco más allá.

Diana, que había ido colocando todo sobre el mantel exclamó de pronto, notando su falta..

—Oye cariño, te has olvidado de traer el té.

—No importa. Aquí tienes buen vino—le dijo Nicky.

—No—protestó ella—. Yo prefiero té.

—Bueno, te complaceré—dijo finalmente Nicky—. ¿Ves aquella casa de campo que hay allí? Pues ahora voy a traerte toda una plantación de té y hasta beberé esa medicina contigo.

Diana se quedó sola, sin pensar que pudiera correr el menor peligro, ni menos aún en el loco que se había fugado. Pero éste, que estaba oculto entre la maleza y que solo esperaba que se fueran los visitantes, al ver sola a Diana, se acercó a ella diciéndole:

—Aquí vengo a que tenga el honor de conocerme.

Diana le miró asustada y de un salto se puso en pie, mientras que el loco seguía diciéndole:

—Soy el mejor cantante que existe en el mundo. No se quede usted pasmada y escuche bien lo que voy a decirle... En mi país, en Suiza, me llaman el ruiseñor de los Alpes... Ahora voy allí con el objeto de cantar un dueto con el eco.

Diana seguía mirándolo asustada y él continuó diciéndola.

—¿Por qué no alaba usted mi grandeza?

—Claro que sí—respondió ella, temerosa de que fuera a irritarse—. Estoy segura de que es usted un cantante maravilloso.

—¿Y por qué no me pide que cante? Me invade una pena muy grande cuando no canto.

Diana estaba decidida a llevarle la corriente, por lo menos hasta que volviese su novio, y le dijo:

—¡Oh, por favor, no se apene usted y cante algo para deleitarme!

El loco sonrió ante la petición de ella y le respondió:

—Pues le cantaré todo lo que sé.

—Le quedaré muy agradecida—y al decir esto echó a correr hacia un pequeño montículo que había junto allí, preguntándole el loco:

—¿Adónde va usted?

Diana, sin querer darle a entender que pensaba huir le respondió:

—A retirarme para poder apreciar mejor el efecto de su voz de

oro. Cuando yo voy a la ópera siempre voy al gallinero.

—Pues ahora no irá usted al gallinero. Le cederé incluso el honor de cantar conmigo. Tendrá usted que ser mi eco.

—Oh, no, no—protestó Diana, al mismo tiempo que miraba a ver si venía su novio—. Yo no podría, no soy digna de cantar con usted. Además que no conozco mucho la ópera. ¿No sería mejor que me fuese a casa a estudiar y que regresara cuando tuviese algo aprendido?

El loco la miró autoritariamente, de una forma que no habla manera de protestar y le dijo:

—¡Le he dicho que cantara usted conmigo... y cantará!

Y quiera que no, Diana tuvo que cantar aquellas óperas que le dió la gana al loco, hasta que llegó su novio. Al verla de la mano con otro hombre y saltando de un lado para otro como si fueren dos chiquillos preguntó extrañado:

—¡Hola!... ¿Acompañada?

El loco siguió cantando, mientras que Diana le daba a entender que aquél era el maníático a quien buscaban, y Nicky al saberlo le dijo:

—No se preocupe por mí. Me gusta. Es agradable poder disfrutar de un poco de música en las comidas.

—¡Usted también tiene que cantar!—le dijo el loco.

—¿Quién, yo?—exclamó el muchacho—. No sea usted loco. Yo no sé cantar.

Diana se acercó a su novio y por lo bajo, para que el loco no la oyera, le dijo:

—Te advierto que es muy peligroso... Cuidado con lo que haces.

—Con esto sí que no contábamos en la expedición — exclamó Nicky.

Y en vista de que el loco seguía en su manía de que Nicky cantase con ellos y de que bailase al mismo tiempo, no tuvo más remedio que acceder y los tres comenzaron a cantar y a bailar por el campo, hasta que llegó el coche con los loqueros, que antes lo habían estado buscando. Uno de ellos descendió del auto y acercándose al loco le dijo respetuosamente:

—¡Ah, maestro! Le están a usted aguardando en la ópera hace rato. No se haga usted esperar, porque el público está intranquilo.

—En seguida voy. Me despediré de estos amigos.

Se despidió correctamente de ellos y subió al coche, convencido de que lo iban a llevar a la ópera, mientras que Nicky y Diana respiraban por fin, al verse libres de aquel molesto visitante.

UN NUEVO TRUCO DE CONSTANCE

A partir de aquel día ni Diana sabía separarse de Nicky (a quien ella creía John Smith), ni éste dejaba pasar un minuto en que pudiera estar al lado de ella. Los dos muchachos se hallaban tan compenetrados en el amor que los unía, que por nada del mundo habrían cambiado aquella felicidad.

Hacia ya dos días que Nicky no había vuelto a casa de Constance. Después de todo, lo que deseaba era que la joven lo mandase con viento fresco, sin pensar que toda aquella comedia había sido inventada por ella.

Al tercer día de comenzado este idilio, antes de que Max fuera a su colocación, Patsy había preparado el almuerzo y llamó a Diana y a

Nicky que se hallaban apartados, hablándose, como siempre, de su amor y les gritó:

—Eh, jóvenes, el desayuno está ya en la mesa.

Max, que vió unas hermosas salchichas, echó mano a una de ellas y Patsy lo detuvo, diciéndole:

—¡Cuidado con lo que haces! Esas salchichas no son para ti.

—Lo que veo guisado en la casa me parece que es para todos... y esa salchicha me pertenece.

—Para ti, tortas secas—volvió a decirle Patsy—. Ten en cuenta que perderás tu colocación si entras en carnes.

Max miró hacia el cielo, como si pidiera protección o para que contemplasen su paciencia y exclamó suspirando:

—Yo soy un mártir del mercantilismo. Ya se escribirán algún día relatos sobre mí...

Los dos novios no bajaban de la azotea, en donde estaban y Patsy exclamó:

—Cualquiera sube donde andan esos dos... Max, ayúdame a bajarlos de las nubes—pero ella misma fué a buscarlos y le preguntó a la joven:

—¿Se puede saber qué es lo que haces aquí?

—Pues ya ves, oyendo a John como se me declaraba y él oyéndome decir que «sí».

—Pero muchacha, ¿tú estás loca? —le dijo Patsy—. ¿Si hace dos días nada más que le conoces!

—¿De veras que no hace más que dos días?—preguntó Nicky—. Pues yo diría que nos conocemos de toda la vida.

—A mí también me parece que nos conocemos desde niños—dijo Diana sonriendo deliciosamente.

—¿Y con qué dinero intentáis vivir?—les preguntó Patsy..

—Eso es lo de menos—respondió despectivamente Diana—. Para ser feliz no hace falta tener dinero.

Max intervino y les dijo:

—No os prodiguéis desplantes amorosos y desayunad que es lo más positivo.

Patsy siguió aconsejando a su

amiga, sin importarle que Nicky estuviera delante y le dijo:

—¿Pero tú te has dado cuenta de que no tiene ni una mala colocación siquiera?

—Yo le cedo la mía—se apresuró a decir Max.

—Eso no importa—replicó Diana—. Así y todo nos divertiremos bastante. Me dirán la señora Smith y eso suena a maravilla.

—Pues a mí no acaba de gustarme ese nombre—protestó débilmente Nicky.

—¿Por qué?—preguntó extrañada Diana.

—Por nada. Pero dejemos eso y escucha lo que haré. Yo quiero algo más que un empleo. Esta noche pienso realizar un negocio con un señor que tiene mucho dinero y creo que ya podré ser otro hombre.

—Eso está bien, pero por lo pronto hay que pensar en el trabajo de hoy y si no nos damos prisa no llegaremos a tiempo.

—Fuera tengo el coche de Reggie y en un minuto nos dejará allí.

—Pues vamos... A lo mejor atropellamos a alguien y tenemos que detenernos, aunque me parece que ese coche tiene por mí cierta preferencia.

Salieron los dos jóvenes alegremente y al subir al coche e intentar ponerlo en marcha se dió cuenta

Nicky de que el motor no funcionaba.

—¿Qué pasa?—preguntó Diana.

—Que hay algo que no funciona y este maldito no quiere andar.

—Tengo una gran idea. Ya verás como anda ahora.

Y Diana no se le ocurrió otra cosa que ponerse delante del coche para que la atropellase.

—¿Pero, qué haces?—le preguntó el extrañado.

—Ya verás como cuando me vea delante arranca.

Y en efecto a la primera maniobra que hizo Nicky el coche se puso en marcha.

Diana saltó al asiento y agarrándose a Nicky le dijo:

—Ya sabía yo que esto no fallaba. Si es su manía, atropellarme en cuanto me ve.

Llegaron a la puerta donde trabajaba Diana y allí volvieron a despedirse diciéndole él:

—Nos veremos esta noche, encanto, para entonces ya habré ultimado ese negocio.

—Que tengas suerte, querido—le dijo ella.—Y cuidado con lo que haces con el coche.

Lo que menos podía pensar Diana era que el negocio que tenía que dejar ultimado Nicky era el de recuperar su libertad, referente a aquel compromiso matrimonial y decirle

a ella cuál era su verdadera personalidad.

Para acabar cuanto antes con aquella situación se dirigió a casa de Constance. El mismo portero fué el que le detuvo, diciéndole:

—Buenos días, señor. ¿No sabe lo que le pasa a la señorita Constance?

—No sé nada—respondió Nicky. ¿Qué ha ocurrido?

—Pues que no la han llevado a una clínica.

—Nicky dió un salto como si le hubiera picado una avispa. ¡Era lo único que le faltaba ahora! Mas así y todo tenía necesidad de aclarar su situación y estaba dispuesto a ir a la misma clínica y si no podía hablar con ella, hablar con su madre y decirle la verdad de todo. El a quien quería de verdad era a Diana y no estaba dispuesto a que por aquel tuelto del periódico pudiera perder la felicidad del amor de la joven.

—¿A qué clínica se la han llevado?—le preguntó al portero.

—Su doncella me ha dicho que ha tenido un desmayo y creo que se la han llevado a la clínica del doctor Deid, en la calle Welbek.

—Está bien—terminó diciendo Nicky.—Yo he de hablar con alguna de las dos.

Avisaron a doña Emilia y ésta le dijo a su hija:

—Ten cuidado por si quiere entrar.

—Descuida, mamá. Para estas cosas me pinto sola. Si llega a entrar en la habitación y me ve se creerá que me voy a morir a los pocos minutos.

—Pues voy a recibirle.

Salió doña Emilia donde estaba esperando Nicky y apenas le vió le saludó diciéndole:

—Celebro que haya venido. Constance no hace más que llamarle.

—No sabía que estuviese tan gravemente enferma —respondió condolido Nicky y creyendo ahora que era de verdad su enfermedad.

—No sabe usted los momentos de angustia que ha pasado. Recayó en cuanto usted se fué el otro día... Le dije que había estado usted a verla y en seguida cayó en estado comatoso.

—Créame que lo lamento —replicó Nicky, hablando sinceramente. Después de todo no podía sospechar en la jugarreta que le estaban haciendo entre madre e hija y se conolvió de veras de aquella enfermedad. Pero si al menos su dolencia le permitiese hablar... Tomemos que tratar de muchas cosas.

—Ya lo comprendo... Querrá usted hablarle de la boda, pero ahora no está en disposición de poderse

ocupar de nada. No sea usted impaciente y sepa esperar a que esté buena del todo.

—Doña Emilia —le dijo él como quien suelta un escopetazo—. No creo que esa boda pueda realizarse.

—No sea usted así —le dijo fingiendo que sus palabras se referían a la enfermedad de su hija—. Ve usted la vida por el lado pesimista. Constance mejorará y entonces estoy segura de que la boda se celebrará.

—Mire, doña Emilia —volvió a decir él—. Yo no quisiera molestar a su hija en estos momentos, sino fuese un asunto de urgente necesidad... Yo no estoy prometido con Constance, como decía el periódico, ni jamás lo he estado, sépalo de una vez.

—¿Pero eso es verdad? —exclamó doña Emilia fingiendo un gran asombro—. ¿Ahora, cuando se encuentra enferma sale usted con esa noticia? Ha debido sospecharlo y esa es la causa de su mal... No me cabe duda que eso es lo que tiene.

—Yo lo siento mucho, doña Emilia, pero esa es la verdad, debe usted creerme —le confesó Nicky.

Doña Emilia afectó una gran indignación al escucharle y exclamó:

—Yo sólo puedo creer a mi hija. Y ahora le digo una cosa. Pre-

fiero verla casada con el hombre más pobre de Londres antes que con usted, por lo menos será un hombre digno...

—Escuche usted, doña Emilia— quiso explicarle el joven, pero ella sin atender a razones siguió diciéndole:

—Pero haga el favor de oírme: Para mi pobrecita hija sigue usted siendo su prometido. Tiene derecho a verla si quiere, pero debo recordarle que aun esta muy grave para soportar un disgusto como éste. Por lo menos compórtese como es debido hasta que esté fuera de peligro.

Nicky hizo ademán de entrar, pero doña Emilia le detuvo diciéndole:

—No, aguarde aquí a que le avise.

Entró donde estaba su hija y le avisó rápidamente.

—Está ahí fuera y quiere entrar... Acuéstate inmediatamente.

Constance se arrojó sobre la cama, se cubrió con la colcha y adoptó un aire de verdadera moribunda. Doña Emilia salió a avisar a Nicky y cuando éste entró volvió a decirle.

—Solo un minuto. Es orden del médico.

Nicky se acercó conmovido a la cama. Le pesaba que aquella mujer sufriera tanto por él cuando él no podía ofrecerle aquel amor con que

ella soñaba, y le preguntó cariñosamente:

—Hola, Constance... ¿Cómo te encuentras?

La muchacha dió un suspiro como la persona que está sufriendo mucho y no le respondió. Nicky volvió a hacer la misma pregunta y entonces fué cuando Constance, fingiendo un gran esfuerzo, le respondió diciéndole:

—Nicky, amor mío, bésame, por favor, bésame.

Nicky, indeciso, miró a doña Emilia y ésta le ordenó, más que le dijo:

—¡Bésela!

Cumplió aquella orden y Constance continuó diciéndole en tono de súplica amorosa:

—¿Verdad que tú no me abandonarás, amor mío?

¿Qué iba a decir un hombre en aquel momento? Se trataba de una pobre muchacha que parecía que estaba a punto de morir y teniendo compasión de ella respondió:

—No, Constance, no.

—Y no te apenes por mí—siguió Constance con su voz velada por aquel fingido dolor—. Pronto estaré buena y podremos ser todo lo felices que hemos soñado.

—Sí, es seguro que pronto te pondrás buena—volvió a decirle Nicky arrodillado casi al lado de ella.

—Entonces podremos ir a cual-

quier sitio juntos, y ser muy felices. ¿No lo crees así?

Nicky no quería afirmar ni negar en aquella circunstancia y respondió únicamente:

—Sí, bueno, ya hablaremos de eso.

—Oh, Nicky, quiero restablecerme pronto... ¿Tú crees que me será fácil?

—Bueno, Constance—le aconsejó él—. No te inquietes ahora, no hay gran prisa.

—Es verdad—dijo ella—. También podríamos casarnos aquí, con más tranquilidad. ¿Verdad que debo estar así muy fea, Nicky?

El muchacho sintió lástima por ella y le contestó:

—Te aseguro que estás muy guapa... Es más, cualquiera diría que no estás enferma.

Al decir esto su madre se alarmó, temiendo que pudiera descubrir el truco y le dijo:

—Ya está bien. No le hables más... Adiós, Constance... Nos veremos mañana.

Al salir, desde la puerta del cuarto, insistió otra vez con doña Emilia, diciéndole:

—¡Oh, doña Emilia! Yo no quiero que sigan ustedes...

—Calle ahora—le atajó, sin dejarle terminar—. Le ruego que avise a la enfermera para que entre.

Nicky salió de allí verdaderamente con el ánimo deprimido. Sentía lo que le ocurría a Constance, pero por otra parte, él no podía evitarlo. ¿Qué culpa tenía él de nada de lo que estaba ocurriendo? ¿Acaso él había tomado alguna parte en todo ello? ¿Podía acaso dejar pasar la felicidad por su lado y unirse a Constance, a quien no quería, y abandonar a Diana, de quien estaba verdaderamente enamorado? No, aquello sería un absurdo.

Y mientras que él se debatía en aquellos pensamientos, sin saber decididamente qué partido tomar, la madre de Constance entró de nuevo a la habitación de su hija diciéndole:

—Ya puedes levantarte... Ya ha salido.

Constance lanzó una carcajada y doña Emilia la acarició maternalmente exclamando:

—Eres un verdadero diablo. Lo que a ti no se te ocurre, no se le ocurre a nadie.

EL REGRESO DE JIM

JIM no había tomado el barco en el Canadá. Estuvo antes algunos días en Nueva York y de allí se embarcó hacia Inglaterra. Su único deseo era ver cuanto antes a su hermana. No tenía más familia que ella y estaba seguro de que en esta ocasión la convencería para que se marchase con él al Canadá y vivir allí los dos juntos.

Pero lo que más le extrañó fué que en muchas revistas que llevaban los viajeros aparecía su hermana, anunciando algún producto. Esto llegó a intrigarle tanto, que sin poderse contener le quitó a uno de los que iban en el barco una revista que estaba leyendo haciendo que su propietario, como es natural, protestara diciéndole:

—Oiga, esta revista es mía.

—Sí, ¿pero me quiere decir qué es esto?

—Pues ya lo ve usted. Una chica y que por cierto no está mal. Tiene bonita figura...

—Es que ésta es mi hermana.

—Pues es una preciosa muchacha—le dijo el pasajero en cuestión.

—Claro está que lo es, no lo dude usted.

El aspecto de Jim era el de tan pocos amigos que el pasajero terminó diciendo, sin ganas de meterse en discusiones con aquel hombre que no parecía andar muy bien del cerebro.

—Claro que no lo dudo. Y con Dios, señor.

Jim se quedó mirando el retrato

de su hermana, hasta que arrojó violentamente al mar la revista. Estaba indignado de ver que su hermana se prestaba a aquello. ¿Cómo era posible que lo hiciera sin su consentimiento? Pero tampoco pensaba en aquel momento que de alguna manera tenía que ganarse la vida, ya que él no le mandaba un céntimo metido en su idea de que se fuese a vivir con él.

Ajena a la llegada de Jim, Diana vivía feliz con su amor. Nicky hacía lo imposible por obsequiarla achacando siempre que el dinero lo obtenía de los negocios que hacía con aquel señor. Una de las noches que la llevó a cenar, Diana sorprendida por el despilfarro que aquello resultaba para ella y más aún por el sitio tan elegante donde la había llevado, le preguntó asombrada:

—¿Todo esto te costará mucho dinero?

—No importa... Quiero que cenes a gusto.

Cuando más entusiasmado estaba eligiendo el menú se acercó a ellos Reggie que le dijo, dándole un cariñoso golpecito en la espalda.

—¡Hola, perdido!

Nicky hubiera deseado que la tierra se tragase a su amigo en aquella ocasión. Temió porque le llamase

por su verdadero nombre y solamente le respondió:

—Ah, ¿eres tú?

Reggie, sin necesidad de que le invitase a sentarse, lo hizo en una silla que había vacante en la misma mesa y le respondió sorprendido por aquel recibimiento tan poco afectuoso.

—Sí, soy yo—y mirando fijamente a Diana le preguntó—. ¿No nos hemos visto nosotros en alguna otra parte? ¿No es usted la señorita que atropellamos con el coche?

—La misma—respondió amablemente la muchacha.

—Claro que sí—siguió diciéndole—Ahora recuerdo. ¿Y está bien?

Nicky, tomando que metiese la pata, como vulgarmente se dice, la presentó diciéndole a su amigo:

—Esta señorita es Diana Castle.

—Tanto gusto, señorita. Yo soy Reggie Bord.

—¿Usted es el Reggie de quien tanto he oído hablar?—preguntó curiosamente ella.

—El mismo.

—¿Usted es entonces el alma de las reuniones de buen tono...? ¿El prototipo del noctámbulo empedernido?

—Según y conforme. Porque las únicas veces que llego a casa tarde son aquellas en que tengo que llevar a Nicky a la suya... Tendría us-

ted que verle cuando bebe mucho.

—¿Nicky?—preguntó Diana, sin darse cuenta de que Reggie se refería a su novio—. ¿Ese es el Nicky Brooke de quien tanto ha hablado la prensa con motivo de su próximo casamiento?

Nicky asió fuertemente, como queriendo indicar a su amigo que no fuese indiscreto y éste, comprendiendo lo que quería decirle, asió a su vez diciendo:

—Sí, precisamente es ése.

—John le odia.

—¿John?—preguntó Reggie, sin saber a quién podría referirse.

—Sí, John—volvió a decir ella, señalando a Nicky.

—Ah, sí—comprendió Reggie—. ¿Y cree usted que le odia de veras? Yo no le culpo. Es un buen chico, algo extraordinario, pero un pobre chico. ¿No le conoce usted?

—No, nunca he hablado con él.

—Pues yo le conozco mucho y a Constance, que es su prometida—exclamó Reggie.

—Sí, ya lo sé... Están prometidos, lo mismo que nosotros.

Reggie quedó como quien ve visiones. Ahora sí que comprendía menos todo aquel lío, pero para no descubrir a su amigo exclamó, fingiendo una gran alegría:

—¿De verdad? Pues mi enhorabuena. Te felicito, amigo mío. Pero

no, puede que no... Tú y Nicky tendréis que celebrar una doble boda... el mismo día, en la misma iglesia y en todo también lo mismo.

Iba a decir con la misma novia, pero Diana le interrumpió diciéndole:

—No es probable. Nosotros no sabemos cuándo será la nuestra. John está sin empleo y hasta que lo tenga...

—¿Que estás sin empleo?—le preguntó burlonamente a su amigo—. Eso no importa, porque por ciertas noticias que he leído en la prensa creo que en estos días vas a tener mucho trabajo.

—Yo así lo espero también—le respondió ingenuamente Diana, sin poderse dar cuenta del juego de los dos amigos—. Tengo un hermano en el Canadá y no quiero que sepa nada de nuestro noviazgo hasta que John trabaje... Como es tan perspicaz siempre cree que los hombres tratan de burlarse de mí.

Reggie se echó a reír a más no poder y le preguntó:

—¿Acaso es uno de esos tipos que por cualquier cosa le rompe a uno la cabeza?

—Así es, en efecto... Es un hombre que no se aviene a razones. Es alto, atlético.

Reggie dió un golpe en la espal-

da a su amigo y le dijo burlonamente:

—Pues tendrás que andarte con cuidado si no quieres disgustos... Esa gente dispara primero y luego habla.

Nicky, sin poderse contener más, despidió a Reggie diciéndole:

—Bueno, adiós, Reggie... Hasta la vista.

—¡Adiós, «John»! —recalcó irónicamente aquél—. Y si ves a Nicky dale recuerdos de mi parte.

Nicky, para evitar que Diana pudiera darse cuenta de su disgusto le propuso:

—¿Quieres que bailemos?

—Lo que tú quieras. Ya sabes que yo siempre hago lo que a ti te guste —le respondió cariñosamente la muchacha.

Se lanzaron en medio de las otras parejas y de esta forma fué olvidando Nicky la entrevista con su amigo, que tan de malhumor le había puesto.

Al día siguiente acudió Nicky a la clínica donde se hallaba Constance. Quería a toda costa hablar con ella y preguntó a la enfermera:

—¿Cómo está la señorita Constance?

—Está mejor de lo que esperábamos.

—¿Quiere avisarle mi visita?

—Espere un momento. Tengo otras visitas antes que usted.

Nicky se avino a esperar en la sala de las visitas, mientras que en el cuarto de Constance se hallaban reunidos los padres de ésta con ella.

La joven daba por descontada su boda con Nicky y para ello había propuesto que lo mejor era permanecer en la clínica hasta que la boda se celebrase.

—¿Crees tú que él accederá? —preguntó el padre.

—Ya te he dicho que sí. La boda se celebrará en esta habitación.

Su madre se echó a reír y le preguntó:

—¿Y tú seguirás sufriendo hasta que la ceremonia se celebre?

—Claro que sí—replicó la joven—. De esta forma no podrá negarse a la boda.

Abrió una carta que le había traído su padre y cuando se enteró de su contenido exclamó:

—¡Esto sí que me disgustaría!

—¿El qué?—preguntó su padre.

—El perder esta ocasión—volvió a decir Constance—. Es una oferta de Gibson para anunciar un nuevo perfume. Mira, mamá.

Le entregó la carta a su madre, quien después de leerla exclamó:

—Trescientas libras... Nos vendría muy bien esta cantidad. Esta clínica cuesta demasiado...

—Iré—afirmó su hija.

—¿Estás loca?—le dijo su padre— ¿Y si alguien te viese?

—No habrá ningún riesgo—afirmó Constance—. Con una hora en la agencia habré ganado ese dinero y es en el único sitio donde nadie podrá encontrarme.

Su madre la miró un poco temerosa, pero acostumbrada a seguir siempre los consejos de Constance, exclamó:

—Lo que tú quieras. Espero que saldrá todo bien.

—Descuida, mamaita. Allí estaré más segura que incluso en la misma clínica. Ahora mismo me voy.

Sonó el timbre interior del teléfono y doña Emilia se puso al habla diciendo después a su hija:

—Ahí está Nicky.

—Despístate... Míentele... Dile algo que se te ocurra. Yo tengo que vestirme.

Doña Emilia se puso nuevamente al aparato y le respondió a la enfermera que hacía la guardia telefónica:

—La señorita Constance no puede ver a nadie. Ahora le han puesto una inyección para que duerma.

La enfermera trasladó la contestación a Nicky y éste salió nuevamente de la clínica sin poder hablar con Constance y pensando que la enfermedad de ella era mucho más

grave de lo que se había él pensado en un principio. Pero lo que más temía era que algún día se enterase Diana de quién era y creyese que se estaba divirtiendo con ella, cuando en realidad estaba decidido a casarse con la muchacha, con la única a quien había amado en su vida.

Cuando Constance comprendió que ya había marchado Nicky salió de la clínica sin que nadie la viera y se dirigió a la Galería Nacional de Anuncios. En cuanto la vió Gibson se deshizo en atenciones con ella diciéndole:

—Me alegro señorita Constance. Bienvenida... El peluquero la está aguardando... Cuaquier cosa que usted desee, si algo le hace falta, avíseme en seguida. Ya sabe que estoy a su disposición.

—Desde luego esta fotografía servirá como las anteriores... ¿No se me conocerá?

—Descuide usted... La discreción es el lema de mi casa.

—Está bien terminó diciendo Constance, entrando en el salón de belleza, donde también estaba Diana arreglándose, en el sillón contiguo. Apenas la vió Constance se dió cuenta de que aquella cara le era conocida y le preguntó:

—Señorita, disculpe la curiosidad... ¿No nos hemos visto antes de ahora?

Diana la miró fijamente y respondió segura de sí misma:

—No creo... Pero no es extraño. Hay quien cree reconocerme por haber visto mi retrato en alguna revista, o en algún anuncio como eso que ve usted ahí en la pared.

Constance se acordó entonces de quién era. No le cabía duda que era la misma joven con quien había visto a Nicky y le preguntó de nuevo:

—¿Conoce usted al joven Nicky Brooke?

—No—respondió ingenuamente Diana—; pero he oído hablar mucho de él. Mi novio le conoce mucho... Y me parece que no simpatizan.

—Lo lamento—se expresó Constance—. Porque yo soy la prometida de Nicky Brooke.

Esta esperaba que Diana, al decirle eso, no podría contenerse y diría entonces la verdad, pero la muchacha, como lo que menos pensaba era que John y Nicky fueran la misma persona, se quedó tranquila y solamente le preguntó:

—¿Entonces, usted es la señorita Constance?

—La misma.

—Perdóneme usted—se arrepintió Diana de lo que había dicho—. Indudablemente que Brooke será un joven admirable y que John estará sugestionado por alguna causa.

—Si su prometido conoce tanto a

Nicky, yo también debo conocer al suyo... ¿John, qué?

—John Smith. No creo que usted le conozca. Es un muchacho de la clase media.

Siguieron las dos jóvenes hablando de la misma persona con nombres distintos, mientras que el interesado había entrado en busca de Diana.

Winnie al verlo exclamó asustada:

—¿Pero cómo se atreve usted a venir a esta casa?... Si el señor Gibson le ve, va usted a salir por la ventana.

—Es que quiero ver a Diana.

—No podrá verla ahora, está ocupada.

—Es sólo un minuto—insistió él.

—¡Cuidado que viene el señor Gibson!—le advirtió la secretaria.

Y en efecto, Gibson llegaba en aquel instante y Nicky para que no le viese se metió debajo del mostrador. Afortunadamente para él cruzaron por allí dos empleados llevando una mesa preparada para una cena que había de anunciarse y Nicky aprovechó las faldas del mantel, para meterse debajo de él y entrar al salón de exposición.

Diana le vió por el espejo y exclamó alegremente:

—Ahí está John. No sé cómo impedir que venga aquí a buscarme. Gibson le detesta.

—Persuádalo para que rectifique la opinión que tiene formada de Nicky.

—Así lo haré — respondió Diana levantándose del sillón, por haber terminado ya de arreglarse.

Salió al encuentro de su novio y le dijo apesadumbrada:

—No debéis venir aquí.

—¿Por qué no? Nadie me ha visto... ¿Cuánto tardarás en salir?

—Lo menos una hora — respondió la joven —. ¿Oye, John, dime una cosa? ¿Por qué le tienes tanta antipatía a Nicky Brooke?

—¿A qué viene ahora esa pregunta?

—Pues porque he sido una estúpida. He ido a decirle precisamente a ella que tú le odiabas.

—¿Pero de quién me estás hablando? — preguntó Nicky, sin poder adivinar que se trataba de Constance, a quien había dejado sumida en un profundo sueño.

—Pues de su novia. Se lo he dicho a la señorita Constance... ¿No es cierto que he metido la pata?

Nicky quiso coordinar las ideas con las palabras de su novia y le preguntó:

—Bueno, pero dime, ¿dónde la has visto?

—¿Por qué te enfadas? — preguntó Diana, extrañada de la actitud de su novio.

—Por favor, dime dónde la has visto y cuándo.

—No te violentes de esa forma, John — le suplicó ella —. La he visto ahí dentro.

—¿Ahí dentro? — preguntó irritado él, dándose cuenta del juego de que era víctima.

—Sí.

—¿Cuándo?

—En este instante.

—Pues espérame.

La actitud de su novio la desconcertaba de tal forma que le siguió hasta dentro del salón de belleza y le oyó decir:

—¡Hola, Constance! Se conoce que la inyección no te hizo efecto, ¿o te has vuelto sonámbula?

Constance, al oír la voz de Nicky, quedó desconcertada. A pesar de su sangre fría no sabía qué contestar. Al fin quiso darle una excusa y le dijo:

—Pues... veras... ha sido un caso de mejoría instantánea.

Diana se cogió de un brazo de Nicky y preguntó extrañada:

—¿Tú la conoces, John?

Constance quiso aprovecharse de la ocasión para vencer a Nicky y le dijo irónicamente:

—¿Conque tú eres el que sientes gran antipatía por Nicky Brooke? ¡A lo que parece, niña, le gusta la caza mayor...!

Diana miró extrañada y hasta con asombro a Constance. No comprendía por qué se dirigía a ella y exclamó:

—¿Qué me ha querido usted decir?

—Escucha, Diana, yo te explicaré mejor todo esto—le dijo Nicky.

—No, John—protestó la joven. Y dirigiéndose a Constance le dijo—: Siga usted.

—Pues bien. ¿Usted está prometida a él?

—¿Sí, pero qué tiene que ver todo esto con lo otro?

—Pues sencillamente, que yo también lo estoy.

—¡John!—exclamó Diana, pidiéndole una explicación con la mirada.

—John, no — respondió éste— Nicky Brooke.

Diana sintió como si le diesen un mazazo en la nuca. Había puesto toda su confianza en aquel hombre y ahora resultaba que le había engañado. Pero supo contener su rabia y responder irónicamente:

—No está mal. ¿Y cuántos nombres tienes?

Nicky no sabía cómo poderse explicar y empezó diciéndole:

—Diana, yo debí haberme vuelto. Pero esta mujer, con el cuento de estar enferma en la clínica, me tenía acorralado.

Diana no le creía. Después de todo lo que sabía, estaba segura de que seguía mintiéndole y le dijo:

—Sin duda toda la culpa ha debido ser tuya. Bueno, a mi ya no me importa nada. Señorita Constance, puede usted disponer de él... tal cual es...

—Gracias—respondió sonriendo ella— Ya hace tiempo que le tengo.

Diana salió a trabajar, mientras que Nicky le decía a Constance:

—Yo la amo a ella y con ella me casaré.

Pero Constance, sin inmutarse por aquella declaración le dijo cínicamente:

—¡Oh, Nicky! No está bien lo que has hecho. Engañar a una pobre muchacha, mientras yo estaba enferma.

—Pues me alegro que ya estés repuesta para que me escuches algo que quería decirte hace ya tiempo. Pienso casarme con Diana y no contigo... ¿No te sientes bien?

Al ver que Constance se levantaba indignada la obligó a sentarse de nuevo diciéndole:

—Creo que será mejor que sigas sentada y escuches mi decisión: «¡Yo no quiero casarme contigo!»

Y sin darle más explicaciones se fué en busca de Diana. Cuando la encontró intentó persuadirla de que

había sido sincero con ella, diciéndole:

—Escucha, Diana, sé que debo darte explicaciones.

—No las necesito — respondió ella. Sé que nada de lo que me has dicho es cierto, conque no sigas por que no te creeré.

—Diana, eso no es justo, porque...

Ella le interrumpió de nuevo y le dijo:

—Haz el favor de irte de mi lado.

Winnie pasó por donde estaban ellos y al ver a Nicky le dijo asustada:

—¿Pero es usted? Váyase pronto de aquí.

Diana la dijo con dolorosa ironía:

—Debe de tratarlo con respeto, Winnie... Se va a casar con un título.

—¿Qué dice?—preguntó la secretaria sin comprender nada.

—Que dentro de poco será el marido de Constance Westacre.

Winnie creyó que le estaba gastando una broma y los volvió a dejar solos; mientras que Nicky intentaba convencerla de nuevo diciéndole:

—Diana, con esto vas a lograr tu desdicha y la mía.

—Tú tienes la culpa—respondió ella.

—Pero yo le pondré el remedio:

—Por Dios, no me vayas a hacer una escena delante de todos estos empleados.

—No me importa — exclamó Nicky—. Ya sé que he sido un idiota, Diana, pero mi intención es aclarar las cosas y tienes que escucharme.

—No escucharé nada de lo que me digas. Es inútil—se negó ella.

—Lo escucharás.

—Eso ya lo veremos—protestó la joven.

—Tú escucharás lo que yo te diga aunque para ello tenga que amarrarte—insistió Nicky.

Gibson cruzó en aquel momento por el salón y al ver a Nicky corrió hacia él diciéndole indignado de verle allí.

—¿Acaso viene usted a producir otro ciclón? A mí no me causa usted más trastornos...

Y llamando a unos empleados les dijo:

—¡Echen fuera a este hombre!

Diana, en vista de que no la dejaba, decidió no trabajar aquel día y salió del salón hacia su casa, seguida de Nicky. Cuando llegaron a la puerta, al ver que intentaba entrar, le dijo deteniéndole:

—Ya hemos hablado cuanto teníamos que hablar. Nosotros ya lo hemos hablado todo. Es mucho mejor que te calles.

Nicky había agotado todos los razonamientos y todas las súplicas y respondió apenado y dándose por vencido:

—Yo no creo que obras con justicia, Diana.

—El amor—le dijo ella—no admite injusticias. Se siente una cosa o se siente otra... y yo siento la otra.

—Eso no es cierto, no puede ser cierto, Diana.

Ella le miró desafiándole y haciendo un esfuerzo sobre su corazón, le respondió friamente:

—¿Pero no te estás dando cuenta de que ya estoy harta? Vete ya, que no quiero volver a verte jamás, señor John Smith o Nicky Brooke, o como quieras llamarte.

Y sin quererle escuchar se metió dentro de su casa. Nicky esperó unos minutos y en vista de que no salía de allí con el corazón angustiado por la pena que le producía ver perdido para siempre el único amor de su vida.

* * *

Durante varios días, Nicky intentó hablar con Diana, pero todo resultó inútil. Sus llamadas por teléfono no obtuvieron contestación

alguna y, desesperado de no poder recobrar el cariño de la joven, decidió marcharse a Suiza y allí, en los Alpes, procurar un olvido que en Londres no conseguiría nunca.

Pero Constance quería vengarse de algún modo y dio a los periódicos la noticia del enlace de Nicky con Diana, para poner a aquél en ridículo y para hacer creer a la muchacha de que Nicky quería de aquel modo obligarla a acudir a él. Todo esto lo pensó Constance, y en parte le dio cierto resultado.

Precisamente, el mismo día en que aparecía la noticia en los periódicos llegaba Jim a casa de su hermana. La encontró arrojada sobre un diván y a punto de llorar. Hacía unos minutos que Nicky había preguntado por ella y se había negado a ponerse en el teléfono.

Al ver llegar a su hermano corrió a su encuentro y exclamó alegremente:

—Pero Jim... ¿Cómo has llegado sin anunciarme nada? Hubiera ido a esperarte, a pesar de que me encuentro muy cansada.

—Naturalmente que debes estarlo—le respondió su hermano—. ¡Si no me has hecho más que mostrarte de pie y en fotografía en todas partes!

—Jim—le dijo Diana—, hace muchos años que no te veo y lo

único que se te ocurre al llegar es una crítica.

—Soy tu hermano y sólo me guía el afecto—respondió Jim—. Y menos mal que no te ha ocurrido nada malo exhibiéndote... así tan... vestida... de...

No pudo terminar, Max llegó en aquel instante. Como él no conocía de nada a Jim, no le importó la presencia de éste para decirle a Diana:

—Oye, Diana. ¿Has leído lo que dice hoy la prensa?

—No—respondió Diana, sin darle importancia.

—Pues no hablan más que de ti y de tu prometido.

—¿Qué prometido? —preguntó inmediatamente Jim.

—Un tío de cuidado—respondió Max, sin advertir las señas que le hacía Diana—. Un millonario. Ahora que a mí no me la ha pegado a pesar de su frescura. ¡Fíjate en lo que te ha hecho!

—¿Qué es lo que te ha hecho? —preguntó nerviosamente Jim.

—Pues mire usted. Lea lo que dice aquí—lo dijo Max, entregándole el periódico que llevaba en las manos—. ¡Ahora sí que sale tu nombre en letras grandes, Diana!

Diana, en vista de que no había medio de que callase Max, le presentó a Jim, diciéndole:

—Este es mi hermano, Max.

—¡Atiza! —exclamó Max—. ¡Ahora sí que la he hecho buena!

—¿Pero es que no sabes callar? —lo reprendió Diana, mientras que su hermano leía el periódico.

Cuando terminó de leer la noticia, Jim se volvió a su hermana y le dijo:

—Tú siempre me habías dicho que llevabas una vida tranquila, retirada...

—¡Bah!—exclamó Diana, encogiéndose de hombros—. Eso no tiene importancia, y aunque le hubiese querido... ya concluyó todo.

—Eso es lo que creerás tú—le dijo Jim—. ¿Dime dónde está ese hombre?

Diana procuraba quitarle importancia conociendo el carácter de su hermano y le respondió:

—Ni siquiera lo sé ni deseo saberlo. Olvidémosle. No vale la pena preocuparse.

—No representará una preocupación, pero no descansaré hasta encontrar a este tipo que se ha atrevido a prometerse a ti con nombre falso. Dime, ¿dónde está?

—Ya te he dicho que no lo sé ni me importa—respondió Diana nerviosamente.

—Está bien. Ya que tú no me lo dices, en el periódico me lo dirán.

Diana temió por la vida de Nicky. A pesar de cuanto decía y había he-

cho, seguía amándole y no quería que su hermano pudiera hacerle daño, por lo que gritó desesperada, al ver que Jim se disponía a salir.

—¿Jim, qué es lo que intentas hacer?

—Ya lo verás... Todo esto ha ocurrido por andar tú por ahí exhibiéndote.

Salíó como un rayo de la casa, mientras que Diana se abrazaba a Patsy y le decía llorando:

—Si da con su paradero ocurrirá algo terrible... Ya sé que merece una paliza, pero yo no quiero que le ocurra nada.

Cogió un taxi Jim y se fué al periódico, preguntando allí:

—Acabo de enterarme de que ustedes han escrito esto. ¿Dónde está ese Nicky Brooke?

—¿Y usted quién es?—le preguntaron.

—Yo soy el hermano de esa Diana y mi único deseo es echarle el guante encima a ese cinico.

—Pues ya es tarde, amigo—le respondieron—. Uno de mis redactores le ha visto marchar a Lindonalp.

—¿Dónde está eso?

—En Suiza... Es muy aficionado al alpinismo. Quizás se dirige a las montañas para olvidar allí a las mujeres.

Se fué nuevamente a casa de su hermana y le dijo:

—Ya sé que ese tipo está en Lindonalp. Ahora mismo tomaré un avión y marcharé en su busca. Te juro que esta vez se va a acordar de lo que ha hecho.

Cuando quedó con Patsy se echó en sus brazos llorando y exclamando.

—Lo va a hacer trizas. Es capaz de asesinarlo y luego colgarán a Jim.

—No será tanto como tú dices—exclamó Patsy—. Tal vez exageres.

—Tú no conoces a Jim. Es más bruto de lo que parece. Es capaz de matar a Nicky, y yo le amo.

—¿Estás segura de ello?—le preguntó su amiga. Y a una afirmación de Diana, siguió diciéndole—: ¿Pues entonces por qué le has dejado escapar, colgando el teléfono cuando el chico te pedía que le escucharas?

—¡Porque le odio!—exclamó Diana—. ¡Sí, le odio!

—Comprendo ese odio. Es de los que abrasan... Vamos, cálmate. Algo se podrá hacer todavía.

Y la suerte o la casualidad vino en aquella ocasión en auxilio de Diana, en la forma de la persona de Gibson.

Este tenía que hacer una propa-

ganda especial en Suiza y pensó que nadie mejor que Diana para desempeñar aquella misión. En vista de que ella no había vuelto más a la Galería, fué él mismo a buscarla a su casa para proponerle el viaje.

Precisamente se hallaba Diana en aquella angustiosa situación, sin saber qué partido tomar, para evitar que su hermano matase a Nicky y para salvar a éste de las iras de su hermano, cuando se presentó Gibson diciéndole:

—Buen momento ha elegido usted para abandonarme, Diana!

—¿Por qué? — preguntó extrañada.

—Porque ahora me hace usted mucha falta.

—Pues lo lamento, señor Gibson, pero no quiero hacer más anuncios.

—No lo contrario, usted puede hacer lo que crea que más le conviene, pero le ruego que no se retire usted ahora. Hemos de hacer una gran propaganda a la casa Lara, en Suiza.

Al oír este nombre, Diana sintió que un rayo de luz iluminaba su corazón. ¿Sería posible que aquel hombre le brindara la ocasión de poder ir a Suiza, precisamente donde estaba su hermano y su novio?

—¿A Suiza, a dicho usted?

—Sí, allí es un sitio ideal para vender las cremas «Lily». Vencere-

mos a los rayos violetas en su propio campo; y usted, únicamente usted, tiene la finura de cutis que yo necesito... Todo lo que tiene que hacer es vivir en grandes hoteles. Primero en Lindonalp y cuando ya estemos allí...

Diana no le dejó terminar, e interrumpiéndole, le dijo:

—¿Lindonalp?

—Sí, en uno de los mejores hoteles.

—¿Y cuándo estaremos allí? — volvió a preguntar Diana.

—Mañana mismo, si usted quiere.

—Pues de acuerdo. Estaremos mañana mismo en Suiza, pero con una condición. Anunciaré vestida.

—Indudablemente. Sólo hay que lucir la crema sobre el cutis. Sale un avión dentro de una hora, así es que si usted quiere me voy a arreglar la maleta y salimos en él.

—Manos a la obra—exclamó Diana—. Ahora mismo me arreglo y saldremos en ese, o en otro que salga antes.

Salió Gibson para arreglar su equipaje, mientras que Diana, ayudada por Patsy se arreglaba para emprender aquel viaje, del que dependía su felicidad.

Mientras tanto, en el hotel de Lindonalp, Jim se instalaba y preguntaba por Nicky Brooke.

—Sí, señor—le respondió el en-

cargado del hotel—. Ese señor vive aquí, pero ahora no está.

—Bueno, pues aguardaré.

Precisamente, apenas se había marchado el encargado cuando entró Nicky. Este estaba dispuesto a escalar una de las alturas más grandes de aquellos montes, y como se le había estropeado uno de los esquís, había vuelto para que se lo arreglasen. Mientras lo hacían entabló conversación con Jim, a quien le dijo:

—¿Usted también se dispone a escalar montañas?

—Sí—respondió Jim, acordándose de que le habían dicho que Nicky estaría por allí—. En ese lugar pienso encontrar algo que me interesa mucho.

—Pues yo le acompañaré si quiere—se ofreció galantemente Nicky.

—No tengo ningún inconveniente—respondió Jim.

Y los dos hombres se dirigieron hacia el lugar donde empezaba la ascensión.

Cuando llegaron Gibson y Diana, lo primero que hizo ésta fué preguntar por los dos hombres que tanto le interesaban.

—Se han marchado a la montaña—les dijo el encargado del hotel.

—¿Juntos?—preguntó Diana.

—Sí, señorita.

—¿Se van a matar!

—Desde luego no creo que vuelvan sanos—dijo el encargado, refiriéndose a la peligrosa ascensión que iban a realizar.

—¿Y cómo no lo ha impedido?

—Imposible. Los dos estaban decididos a ir.

Diana no pensó en otra cosa que en ir en su busca y evitar la tragedia que presentía, por lo que le dijo al encargado.

—Necesito un guía inmediatamente.

—Sí, señorita, en seguida.

—Llamó por teléfono a uno de los guías que había en el pueblo y minutos después, Diana, en compañía del guía comenzaba también la ascensión al dichoso monte, donde esperaba encontrar a Jim y a Nicky peleándose.

A medida que subían iba haciéndose el camino más difícil. Diana, ayudada por el guía, iba escalando aquellos precipicios llenos de nieve. De pronto dió un resbalón y quedó suspendida en el aire.

—¡Súbame pronto!—gritó asustada, al ver la profundidad del barranco donde podía caer.

—No se mueva—le gritó el guía.

Y empezó a estirar de la cuerda para subirla. Mas de pronto, la fatalidad vino a complicar la situación. La cuerda se rompió y el guía cayó al lado contrario, mientras que la

cuerda, por un capricho del azar, se enroscaba en la piedra desde donde había caído Diana.

El momento era de verdadero dramatismo. La muchacha no veía el modo de salir de allí y cuando más desesperada estaba vió una cara conocida. No le cabía duda que era el mismo loco que la hizo cantar en Londres. Inmediatamente tuvo una idea. Seguramente que cantándole le ayudaría para que estuviese a su lado, y le gritó:

—¿Diga, la cuerda!

—La cuerda, sí — respondió el loco.

—¡Está resbalando! — le dijo la joven.

—Ya lo veo — contestó él.

—¡Por favor, a prisa!... Súbame.

Y en vista de que el loco no hacía nada, empezó a cantar, en tan crítica situación, consiguiendo, por fin, que el loco tirase de ella y la salvase.

Cuando llegó adonde estaba él, el loco le dijo riendo:

—No, ahora ha dejado de interesarme la voz humana. Ahora sólo me interesa la voz del pájaro.

—Lo lamento — respondió Diana, sin querer llevar la contraria. — A mí me gustan las dos cosas; pero yo no soy pájaro.

El loco se acercó a ella y misteriosamente le dijo:

—¿Quiere usted saber mi secreto?... Pues yo sí soy pájaro. No quisieron creerme allí donde estaba y en seguida me fui volando... Yo soy el más grande de todos los pájaros... Escuche... escúcheme usted cómo canto.

Y al mismo tiempo que hacía ademán con los brazos como si estuviera volando, comenzó a cantar:

—Tui, tui, tui... ¿Verdad que esto es magnífico?

—¡Maravilloso! — exclamó Diana.

—Pues no se apure — continuó diciéndole el loco —. Yo la enseñaré a usted a hacer lo que hacen los pájaros y así volaremos juntos por el espacio... ¿Usted no cree que yo pueda volar?

—Estoy segura que sí — respondió, muerta de miedo Diana, pensando qué es lo que se le ocurriría ahora a aquel pobre hombre.

—Bueno, pues ahora subiremos hasta lo más alto de aquel pico y desde allí volaremos por el espacio azul igual que los pájaros.

—No, yo no quiero volar — replicó la muchacha, pensando que el loco sería capaz de matarla.

—Pues no tiene usted más remedio — le ordenó el loco —. Vámonos.

Quieras que no, la infeliz muchacha se vió obligada a seguirle y cuando llegaron a uno de los picos

de la montaña se detuvo para descansar un poco. Diana estaba más muerta que viva, por el miedo que le causaba aquel hombre, sin sospechar que muy cerca de ella estaban Jim y Nicky. Este le explicaba a su acompañante el lugar en que se encontraba y le decía:

—¿Ve usted aquel pico que parece una nariz rota? Es el Matterhorn.

—Muchas gracias, pero yo no he subido aquí para ver las montañas, sino en busca de alguien.

—¿Aquí arriba?—preguntó extrañado Nicky—. ¿Tanto le debe?

—Mucho—respondió Jim—. Y cuando le eche la mano se lo voy a cobrar con intereses.

—Si puedo ayudarle a buscarlo—se ofreció Nicky—cuente conmigo. Vivo en el hotel, pregunte por Nicky Brooke.

—¿Qué ha dicho?... ¿Qué nombre ha pronunciado?—preguntó Jim mirándole fijamente.

—Brooke, Nicolás Brooke. Puede estar seguro de hallarme porque soy muy popular.

—Ya lo creo que es usted—exclamó Jim—. Es decir que he estado andando todo el día en compañía del tipo que busco?

—¿Qué quiere decir?—preguntó extrañado Nicky.

—Que yo soy Jim Castle, el hermano de Diana.

—¿De veras?—preguntó alegremente Nicky.

—Sí—continuó diciéndole Jim—, y tenía ganas de verle para enseñarle a tratar mejor a las señoritas.

—Mire—le explicó Nicky—, yo no sé lo que la gente le habra contado, pero yo quería casarme con Diana y todavía estoy dispuesto a ello.

Hasta ellos llegó un grito de espanto de Diana y oyeron su voz que decía:

—¡No quiero! ¡No quiero!... Suélteme.

—¡Diana! — exclamaron a un tiempo.

Echaron a correr en su busca y la encontraron con el loco, que al verlos la dejó y echó a correr montaña arriba.

Nicky se abrazó a ella preguntándole:

—¿Estás bien Diana?

—¿Qué es lo que intentabas hacer?... ¿Suicidarte? — le preguntó su hermano, que todo lo echaba a lo trágico.

Y dirigiéndose amenazador a Nicky le dijo:

—¡Usted tiene la culpa de todo!

Diana, al ir a abrazar a su hermano para que no hiciera nada a Nicky, empujó sin querer a éste y lo arrojó al precipicio que había junto a ellos. Menos mal, que estaba cu-

bierto de nieve y la calda no tuvo consecuencia alguna. Mas cuando la muchacha miraba aterrada lo que había hecho, el loco cruzó ante ellos amarrado a un extremo de una cuerda que había anudado a una peña y haciendo como que volaba, gritó:

—¡Tui, tui, tui!

De repente, en uno de sus balanceos cogió a Diana y se la llevó saltándola sobre el mismo lugar donde había caído Nicky.

—¡Nicky! — exclamó Diana corriendo a sus brazos.

—¡Diana! — exclamó él abrazándola tiernamente. — ¿Me crees que te quiero?

—Sí, Nicky, sí — respondió ella. — He sido una idiota al no creerte desde el primer momento.

El loco cayó ante ellos; los dos jóvenes empezaron a cantar como si fueran dos pájaros para no excitarle, mientras que Jim miraba asombrado todo lo que ocurría.

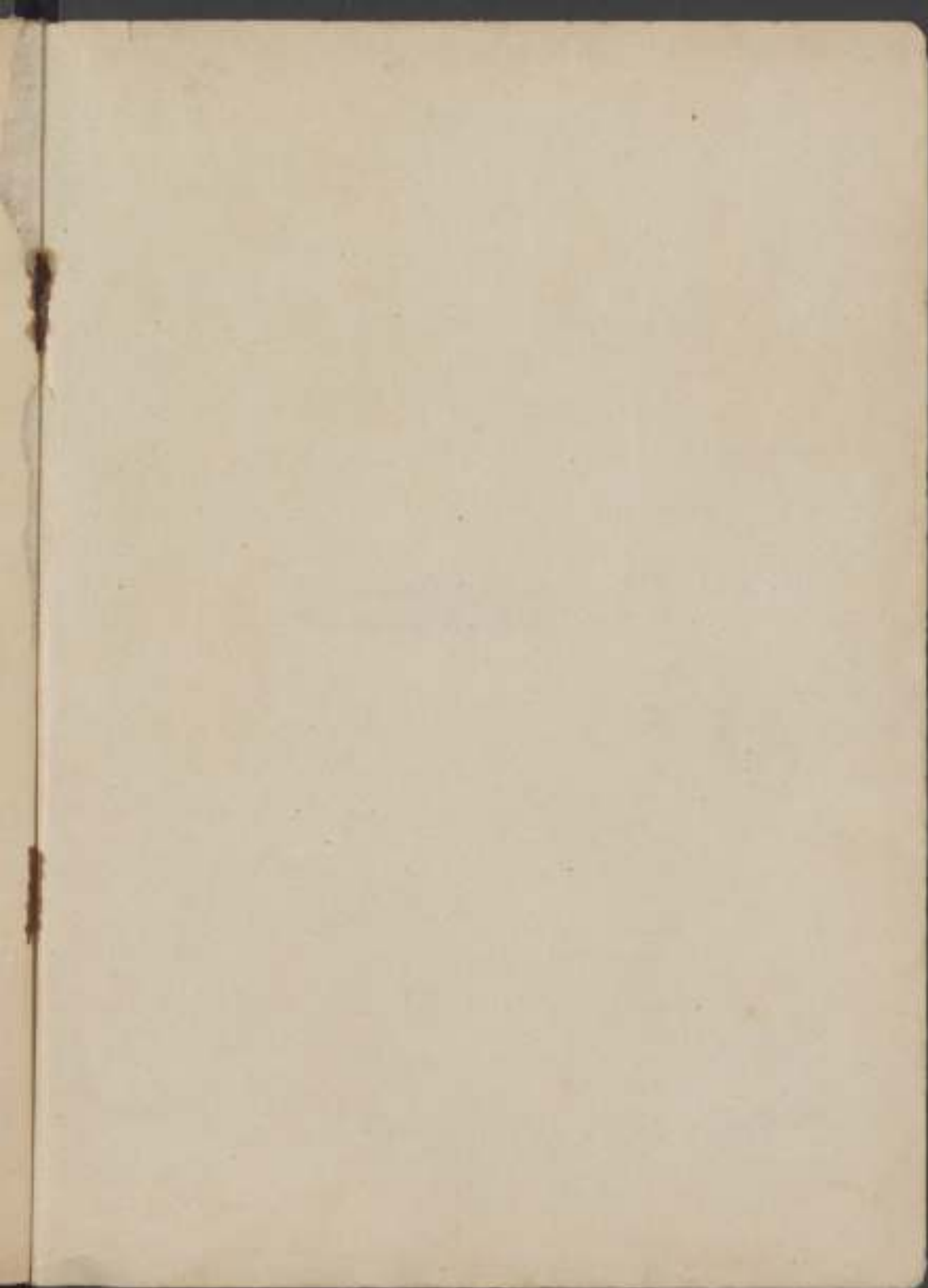
—No, no — exclamó el loco. — Ahora somos todos osos polares...

Los tres comenzaron a dar saltos como si fueran osos y Jim desde lo alto al verlos, exclamó despectivamente.

—Cualquiera se entiende con locos. Lo mejor es dejarlos.

Y al mismo tiempo que él abandonaba la montaña, los dos enamorados se hacían el amor, lo mismo que si fueran dos osos polares, para no irritar al loco que los miraba haciendo piruetas.

FIN





2.⁵⁰ Ptas.



OFICINA EDITORIAL
SOLERA, 101. MADRID